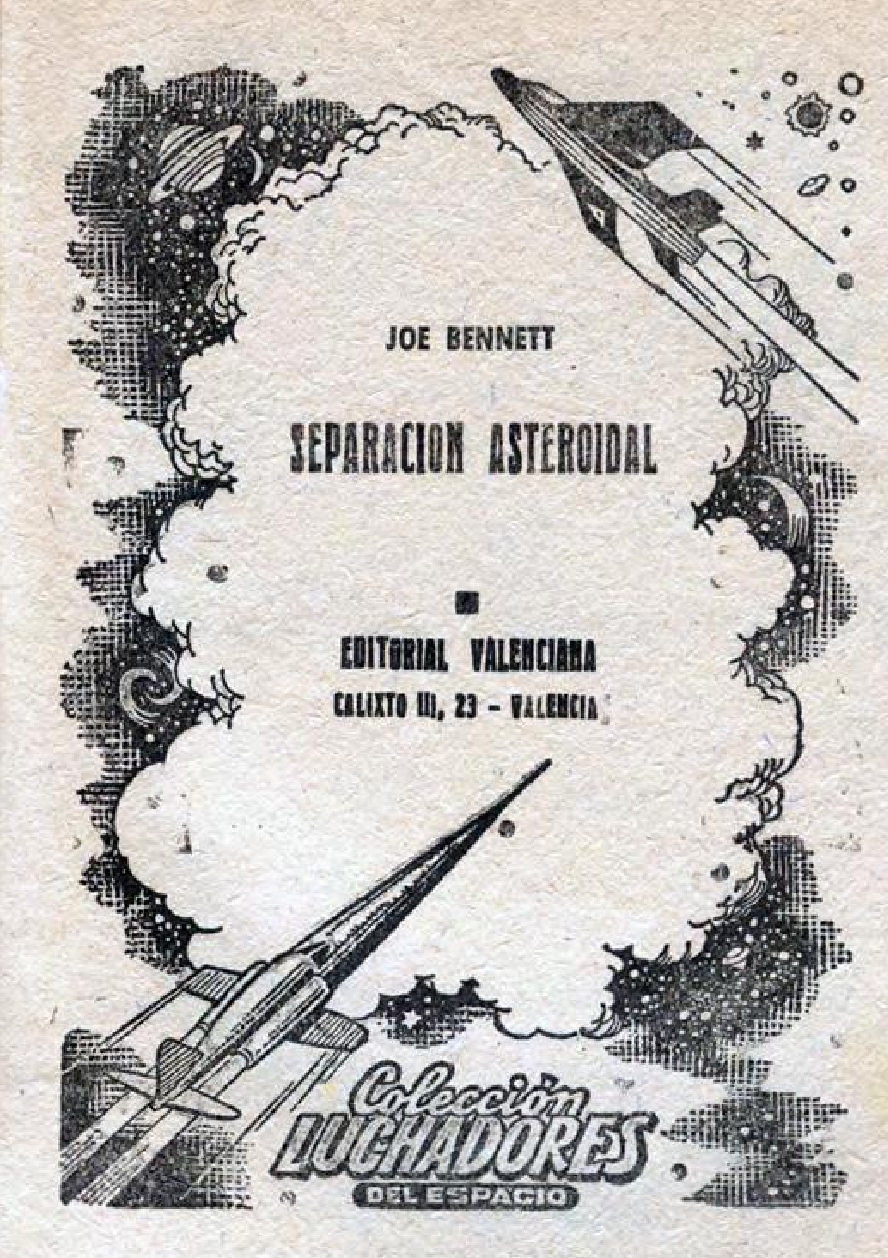
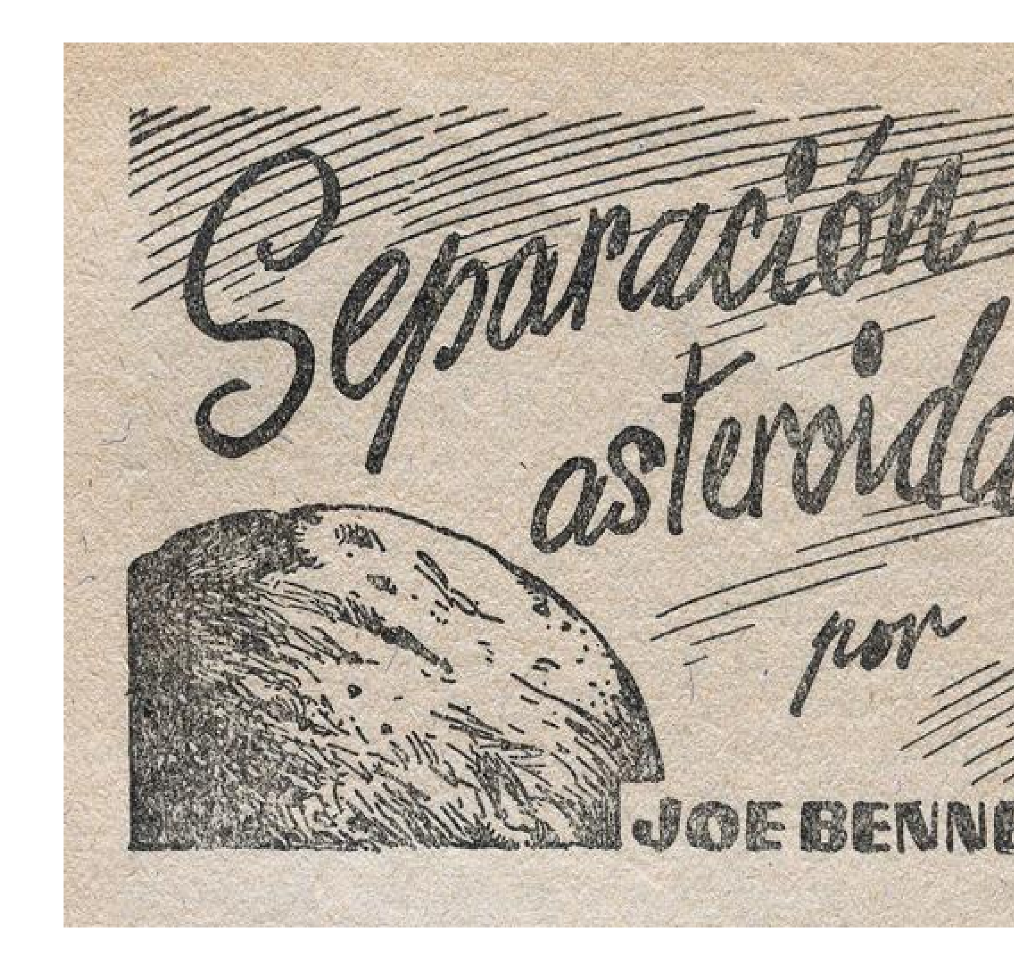

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
Separación
ASTEROIDAL
JOE BENNETT


JOE BENNETT
SEPARACION ASTEROIDAL
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Deposito Legal v. 225 - 1959
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO I

Invasores en la Planta

Tenía los nervios de punta y me mordía los labios a causa de la indescriptible ansiedad que me dominaba. ¡Un segundo de retraso podía ser fatal para el profesor Harring y el planetoide que habitábamos! ¡Acaso ya había sido atacado por la abominable influencia psicopática que amenazaba con volvernos locos a todos!

Con las manos crispadas en torno a los mandos del bicohete y la mirada fija en la pantalla de teleexploración, luchaba para extraer la máxima potencia del pequeño aparato destinado a servicios rápidos de urgencia. A mi lado, tan excitada como yo, se hallaba Marcia Randall. Confieso que desde que abandonamos apresuradamente mi despacho del Centro-hospital no le había dedicado la menor atención, porque tenía demasiadas cosas en que ocupar mi cerebro.

Las llanuras peladas y típicamente yermas de Isótom 81 desfilaban por

debajo de nosotros, estremecidas entre el silbido protónico que escapaba de las toberas del cohete y el rugido bronco, tempestuoso, que crujía en aquel cielo sutilísimo y casi desprovisto de capas gasificadas.

Afuera, en el espacio, declinaba la tarde y la multitud de asteroides que salpicaban aquella inmensa zona del Cosmos, eclipsaban el rojizo disco del Sol. Debía hacer frío. Frío intenso propio del planetoide que habitábamos. Pero los equipos protectores que vestíamos nos procuraban una temperatura ambiental deliciosa.

Demasiado deliciosa, al menos en lo tocante a mí, porque el momento emocional que atravesaba hacía que la transpiración brotase por todos los poros de mi cuerpo.

Un torbellino de preguntas giraba vertiginoso en mi mente. ¿Estaría Wynne ocupado en registrar alguna nueva ficha azul? ¿Habría comenzado ya el período de violencia en Kragger, Forbes, la señora Stanley, Karl Bacon y el soldado Marco Laguna? ¿Qué sucedería ahora en la Planta Atómica? ¡Demonios! ¡No podía contestar a ninguna de ellas!

En la pantalla de teleexploración se siluetaron las crestas enhiestas de la cordillera. ¡Las Montañas del Norte, el *cinturón* orográfico natural que ceñía los terrenos de la Planta! Llegaríamos allí dentro de pocos segundos.

Entonces, quizá escapando de los excitantes recuerdos que encerraba mi subconsciente, recordé la conversación mantenida con Wynne y Marcia al tratar de explicar objetivamente la conducta de los incognoscibles invasores[1].

-Escuche -había dicho yo a Marcia, respondiendo a su insistencia por conocer mi teoría-. Se produce un temblor en el planetoide... ¡y nadie puede explicar el origen del mismo! No es sísmico, ni causado por colisión astral, ni siquiera motivado por un ataque con proyectiles. Se realiza una investigación y de ella sólo queda claro el hecho de que un cráter ha surgido próximo al casquete polar y cuyo agujero penetra en las entrañas del planetoide. ¿Conforme?

-Conforme -asintió ella, brillantes los ojos y atenta la expresión.

Volvía a verla, merced a mi retrospección mental del suceso. Wynne también estaba con nosotros. No sé si algún día esta conversación podrá ser tildada de histórica... especialmente por lo mucho que tuvo de profética. De todas formas, yo acabé obsesionado por ella y me era imposible dejar de pensar.

-El *objeto* que perforó la superficie sigue en el fondo del cráter mencionado -continué yo ante el estupor creciente de los dos-. ¿Qué es? ¿Dónde lo fabricaron? ¿Por qué llegó, precisamente, a Isótom 81? Enigmas. Sin embargo, poco después empiezan a manifestarse trastornos psíquicos en personas cuya cercanía al lugar del *choque* obliga a sospechar relación mutua. Seguro que existe tal relación. Ello demuestra una cosa

incontrovertible: *Alguien* o *algo* tripulaba el agente promotor del temblor.

Marcia y Wynne me miraban. Yo me sentía seguro de lo que decía a medida que dejaba correr libremente la imaginación. Proseguí:

-*Ellos*, los ocupantes, desarrollan una táctica que les favorece, a la par que fomenta la digresión entre los habitantes de este pedazo de tierra perdido en el espacio. Es muy posible que Kragger o Forbes les viesen al buscar el acceso de las cloacas para penetrar en la ciudad subterránea. Este comportamiento es perfectamente natural. Si volviesen a emplear el *objeto* para perforar la corteza terrestre por un punto alejado del casquete polar, otra vez se repetiría el temblor y entonces se vería a la perfección su trayectoria ascendente. No habría disimulos... ni misterios. Les conviene mantener el incógnito y sumir en la desesperación a la comisión investigadora que inspecciona el cráter, el embudo y las cercanías del lugar del suceso. Así, pues, queda explicada la conveniencia de utilizar la ciudad subterránea como vehículo introductor para sus futuras correrías.

Las Montañas del Norte crecían de tamaño dentro de la pantalla. Sobrevolábamos el espaciopuerto militar donde se agrupaba la formación de *lanzas* interplanetarias. Sonreía con ironía, porque... ¿de qué iban a servirnos unas defensas tangibles contra la invasión de un ejército *inmaterial*? Volví a sumirme en el recuerdo y otra vez mi subconsciente revivió las palabras que horas antes había pronunciado.

-No interesa a sus fines que puedan descubrirlos. Una acción solapada, en la sombra, es lo mejor para quienes conspiran... ¡y ellos son conspiradores que desean el exterminio de cuanto representa Isótom 81! El paso de los vertederos encierra el primer peligro, puesto que corren riesgo de ser desenmascarados. Ante semejante eventualidad, preparan un recurso de doble efecto. Forbes o Kragger, no importa cuál de los dos, les echa la vista encima. Antes de que puedan actuar, y desbaratar sus planes tan meticulosamente preparados, lo inmovilizan y descargan contra su cerebro una influencia psicopática, bien sea real o bien producida por procesos técnicos, que altera su sistema nervioso. El hombre pierde el control. Se convierte en un *muñeco* sin voluntad propia. ¡Está anulado!

-Pero... -objetó Marcia.

-Ya advertí que el recurso es de doble efecto -me anticipé-. No dejaría de ser sospechosa la aparición de un hombre trastornado. Se analizaría hasta la última fibra de su ser indagando el motivo que produjo su desquiciamiento, máxime en un planetoide base de experimentación espacial. Por ello, consideran más lógico dar a su *atontamiento* circunstancial la apariencia de una enfermedad conocida, con síntomas probados, capaz de ser diagnosticada sin prejuicios...

-¡Catalepsia!

-Eso es, Wynne. Por fortuna, usted no se dejó engañar y añadió al

diagnóstico la palabra *irregular*. Fue algo que nos obligó a pensar como lo estamos haciendo. Bien. El segundo efecto de esta influencia psicopática o recurso consiste en procurarse un prosélito para su causa. Hemos quedado en que el cerebro humano ha sufrido un potente *shock* emocional. Está como sacudido. No razona objetivamente. Inducirle una idea nueva, lo suficientemente enérgica para que se imponga sobre el desbarajuste que impera en él, es tarea sencilla. Volvemos otra vez al problema de si lo hicieron por medios telepáticos o extraprocesos técnicos. No importa. La *idea nueva* se proyecta en el idiotizado hasta saturarle de una aversión intensa por cuanto se relaciona con átomos, radioisótopos y procesos nucleares. Se insiste en la culpabilidad del profesor Harring, recordando la amenaza de la Planta y la sentencia de muerte suspendida sobre Isótom 81. Estos mandatos quedan grabados en la mente y actuarán en consonancia sobre sus impulsos cada vez que el falso estado cataléptico tienda a la excitabilidad. Han ganado un adepto. Un ser obediente que no les traicionará mientras subsista el desquiciamiento...

Sí. Todo aquello era cierto de una forma teórica. Wynne y yo trabajamos en el asunto y realizamos una audaz prueba con *Dracomita*. Entonces descubrimos que no existía tal catalepsia, sino lo que temíamos: ¡*Obediencia psíquica*!

Nos habríamos sentido felices a no ser porque los casos se manifestaron con alarmante celeridad. En las siguientes ocho horas se presentaron tres atacados más, entre ellos una mujer. Convenía atajar el peligro.

Así fue, por procesos de lógica eliminación, como llegamos a conocer la espantosa verdad: ¡Los invasores que sembraban psicosis en la población del planetoide se proponían llegar a la Planta Atómica! ¡El profesor Harring había desaparecido cuando requerí su presencia a través del *intercom*! ¡Imposible prevenirle!

No pude seguir pensando, porque la realidad se imponía arrolladoramente. Accioné los mandos del bicohete, describiendo un círculo completo por arriba de las imponentes edificaciones de la Planta, y abrí las espitas que ponían en funcionamiento los escapes tangenciales de deceleración. Los instrumentos electrónicos *captaron* la onda del control direccional que enviaban desde la torre, dándome instrucciones para la toma de tierra.

Marcia se arrebujó en el asiento y yo corté a *cero absoluto* la impulsión energética, dejando el aparato en estado de *flotación gravitorial*. Los canales de atracción se adueñaron de la dirección del bicohete, liberándome de la responsabilidad de intentar el amaraje por mis propios medios. Lo prefería, ya que no tenía demasiada confianza en mi pericia como espaciopiloto.

Medio minuto después, con los elementos de propulsión *anulados* por

la onda envolvente que *fundía* el vuelo, fuimos arrastrados hasta el valle que servía de antesala a la Planta Atómica, y aterrizamos con la misma suavidad que un minúsculo copo de nieve.

-Control Planta a bicohete Centro-hospital -llamó la voz metálica surgiendo de la pequeña estación emisorreceptora que ocupaba un punto rojo en el salpicadero-. Conteste, doctor. ¿Alguna novedad?

-Bicohete a Control Planta -respondí-. Hemos aterrizado felizmente. Gracias por la ayuda.

-Abandonen el aparato y diríjanse a la entrada principal. Les estamos esperando.

-¡No corte! -agregué-. ¿Saben algo del profesor Harring? ¿Pudieron encontrarle?

-Sí. Les recibirá en su despacho.

Marcia y yo dejamos escapar un doble suspiro de alivio. La breve declaración disipaba las negras zozobras en que nos vimos oprimidos desde que abandonamos el Centro-hospital. Hice una indicación a la joven y ella asintió de un cabezazo, liberándose de las plastocintas que hasta entonces la retuvieron sujeta al asiento. Tomó la valija de urgencia y salió la primera al exterior cuando yo conecté la puesta en marcha del panel corredizo que descubría la camareta de desembarco.

Al pisar tierra firme, nos tambaleamos y anduvimos algunos pasos con torpe inseguridad. La débil atracción superficial, unida al entumecimiento de nuestro cuerpo, nos hacía caminar igual que lerdos beodos. Al fin, las botas superpesadas del equipo protector acabaron adaptándose firmemente al suelo.

Algunos arbustos se mecían violentamente junto a nosotros, por lo que juzgué debía soplar un aire frío y rápido, aunque nuestros trajes térmicos no permitían filtraciones del exterior. Las sombras de la noche tampoco se hallaban lejanas. Hablando por el *simplevox* de onda corta que dotaba nuestros yelmos, comenté:

-Hemos llegado tarde, Marcia. El profesor sigue sentado en su trono. Creo que se echará a reír ante nuestra falsa alarma y en vez de agradecimiento por las molestias recibiremos un rapapolvo.

-La intención fue buena, doctor. De todas formas, le sorprenderá oír cuanto usted tiene que decirle y se olvidará de las censuras.

-Esperémoslo -deseé-. Al parecer, no ha ocurrido nada en la Planta.

-Pero nosotros *sabemos* que los invasores siguieron esta dirección. Quizá nos hemos anticipado.

Asentí dentro de la escafandra vítrea. La impresionante cerca semejante al hormigón (pero construida con elementos minerales y polvo acético, como ya expliqué) se elevaba ante nosotros, mostrando sus paredones ciclópeos de casi diez metros de espesor. De nuevo volví a sentir la

impresión de que la Planta Atómica era una fortaleza inexpugnable. El recuerdo del cráter, los sucesos de las cloacas y los cinco internados que ordené aislar en el subsanatorio, enfriaron aquel sentimiento. Quizá *nada* resultaba inexpugnable para los enemigos de Isótom 81.

Un pelotón de soldados pertenecientes a la guarnición militar del aerocuartel nos dio la bienvenida. Marcia y yo no tardamos en quedar enfundados dentro de los livianos uniformes blancos de *vacío total*, inexcusables para transitar por la Planta. Otra vez cruzando por galerías, pasillos y salas atiborradas de extrañas máquinas.

Era mi segunda visita a la Supercentral desde que llegué al planetoide. La radiactividad saturaba el ambiente, impregnándolo de isótopos, *campos* nucleares en liberación e intensas ionizaciones. Peligro supremo para los humanos. Prescripción constante a las medidas de seguridad. Nada más dispusiese de tiempo volvería a ocuparme de los experimentos con “Antirrad 603”. ¡Isótom 81 necesitaba la droga a toda costa!

Un electroelevador con capacidad para veinte personas nos trasladó a una de las salas superiores, abandonando la planta a nivel superficial, de la que tan imborrable recuerdo conservaba por mi rescate en el Pozo Residual B. Vico Barttoli todavía seguía hospitalizado, apreciándose mejoría en sus ulceraciones radiactivas. Frente a la salida del electroelevador, nos aguardaba Mason, más nervioso que de costumbre me pareció entrever.

-Buenas noches, doctor -saludó-. ¡Hola, señorita Randall! Acompáñenme, por favor.

-¿Y el profesor Harring? -indagué.

-Les llevaré a su presencia.

-Celebro que lo hayan encontrado al fin. Usted debió pensar cosas terribles de mí cuando le apremié en la búsqueda, ¿verdad? Tenía mis razones, Mason. Se lo aseguro.

-Ya lo sé, doctor -afirmó, iniciando la marcha por el corredor batido de haces depuradores-. Nos llevamos un buen susto. Además... usted tuvo razón al encargarme que cuidase de salvaguardar su vida. Poco faltó para que le matase...

-¿Quién? -atajamos Marcia y yo al unísono-. ¿Les vieron a *ellos*?

-¿A ellos? -Mason frunció las cejas, extrañado-. No sé a lo que se refieren.

-No importa. Dijo que faltó poco para...

-Es la verdad. Un nivelador de presiones llamado Sparrell agredió al señor Harring armado con una manivela de wolframio. Estaba como loco, animado por intenciones asesinas.

-Vaya -suspiré.

-Pretendía destrozarle el cráneo a golpes y el profesor tuvo la inmensa suerte de cobijarse en un tubo de deshidratación. Hasta allí le persiguió

Sparrell, y el pelotón que yo capitaneaba llegó en el preciso momento de atraparlo al desembocar por la salida posterior. Nos costó Dios y ayuda reducirle a la impotencia. Profería injurias soeces contra el profesor y le acusaba de culpable. Un caso lamentable de pérdida de razón, supongo.

Crucé una mirada de inteligencia con mi ayudante, quien sacudió los hombros como a impulsos de un súbito escalofrío. ¡Ya no cabía duda de que *ellos* estaban en la Planta!

-¿Dónde han dejado a Sparrell? -pregunté.

-Está en su alojamiento.

-¿Vigilado?

-Pues... sí. Un hombre le hace compañía. Ahora se ha vuelto inofensivo y duerme profundamente, doctor. No parece el mismo de antes...

-La señorita Randall se ocupará de atenderle -decidí-. Son los síntomas, Marcia -hice observar a ella-. No fallan. Inyéctele media dosis de *Cloronarcotil*.

-Sí, doctor.

-Lo ocurrido demuestra que mi aviso fue oportuno -agregué.

-Y que *ellos* se nos anticiparon -completó la joven-. ¿Qué buscan en la Planta?

-Lo averiguaremos... algún día.

-Habrá que informar detalladamente al profesor.

-Es cosa mía. Le hablaré. Pero antes hay que tratar de eliminarlos. Dígame, Mason: ¿Cuál es el estado de su jefe?

-Parece muy alterado por el percance -explicó Mason-. Nunca le había visto perder el dominio de los nervios. Será culpa de Sparrell.

-Seguro -contesté-. Comprendo perfectamente su estado de ánimo.

No quise entrar en detalles e ignoré las afanosas preguntas que Mason me dirigió sobre ellos.

Era una cuestión demasiado delicada para tratarla con él. Incluso Harring se resistiría a creerla.

Pensé que el malhumor le agriaría aún más el carácter. También yo pasé por el mismo trance cuando Otam Kragger me atacó en la obscuridad. Ahora ya podía descifrar el porqué de su agresión. Confiaba en que el profesor no obstaculizaría con excesivas trabas mis propósitos aclaratorios. No las tenía todas conmigo, ya que seguía manteniendo una opinión desfavorable de él.

Frente a la puerta de su despacho, nos despedimos. Mason y mi ayudante fueron en busca de Sparrell. Un narcótico activo sería la única forma de mantenerle *tranquilo* cuando se manifestase el período de excitación que antes nos hizo confundir la dolencia con *catalepsia irregular*. Llamé al despacho privado del jefe supremo de Isótom 81. La puerta deslizóse silenciosamente. Entré.

El profesor Harring fumaba un cigarrillo contemplando la telepantalla desde la que podía observar con toda comodidad cualquier dependencia de la Planta Atómica. Al percatarse de mi presencia, desconectó la teleproyección, arrojó el pitillo a un *consumidor* y me recibió alargando la diestra. Buen principio, medité. El *lobo feroz* se mostraba amansado.

Había preocupación en su cara y cansancio en la mirada. Estreché la mano fría, desacostumbradamente blanda. También descubrí un corte en la frente, que había sido tratado con yodo mercurial, en vías de cicatrización.

-Un rasguño -declaró al advertirlo-. Me lo hice dentro de un tubo de deshidratación.

-Supongo que intentando huir de Sparrell -dije.

-Cierto. Mason le ha contado lo sucedido, ¿verdad?

-Someramente. ¿Le impresionó?

-Mucho. Es la primera vez que sufro reacciones violentas por parte del personal de la Planta. Algo va a ocurrir en el planetoide

-Ha ocurrido ya -contesté-. O, mejor, *ocurrió* el mismo día del temblor.

-Siéntese, doctor. Hablemos con calma. Mason me advirtió que usted llamó desde el Centro-hospital interesándose por mí. ¿Puedo saber la razón?

-Puede, Una amenaza desconocida rondaba la Planta. Quise prevenirle... aun a riesgo de sufrir sus burlas.

-¿Cree que me hubiese burlado?

-Es posible que todavía lo haga. Pero antes de soltar la primera carcajada, recuerde que Sparrell intentó partirle la cabeza a golpes.

-¿Todavía está enojado conmigo? Olvide la discusión que tuvimos... por favor. No es momento oportuno para rencores. Decía usted que Sparrell...

-Ese hombre actuaba por *influencia psíquica*. No era dueño de sus actos. Vamos, profesor, ríase. Continúo siendo un *metomentodo*.

Harring desvió la mirada. Me sentí, hasta cierto punto, reivindicado en mi amor propio. Uno a uno. Esperé su carcajada... que no llegó. Aquello bastó para convencerme de que, efectivamente, acababa de recibir un contundente choque moral. Aunque... ¿no podía darse el caso de que también él hubiese llegado a la misma conclusión que yo?

-Explíqueme cuanto haya averiguado, Anderson.

-Es bastante. Antes, sin embargo, he de pedirle algo. No podemos perder tiempo, profesor, y si usted tiene confianza en mí, ordene ahora mismo algunas medidas de protección.

-¿Qué clase de medidas?

-Eso debe saberlo usted mejor que yo. Supongo que habrán dotado a la Planta de algún sistema eficaz para librarse de *peligros internos*.

-¿Radiactividad?

-No. Otros peligros. Me refiero a esa *influencia* que se apoderó de Sparrell. Es algo provocado... por medios que todavía ignoro. Pero real. Tengo cinco *casos* iguales en el Centro-hospital. Es decir, *tenía* cuando lo abandoné para dirigirme aquí.

-¿Cómo no me lo comunicó antes?

-A los atacados podemos combatirles, de momento, con narcóticos de alto coeficiente -proseguí-. No obstante... ¿cuál es el método para librarse de los atacantes? Escúcheme, profesor. He aquí una hipótesis: Los *visitantes* tal vez procedan de cualquier asteroide del espacio. Muchos de estos seres extragalácticos no están provistos de un sistema pulmonar como el nuestro. Pero es indudable que *respiran*. Sea cual fuere el procedimiento inhalo-expulsor los gases contaminados influirían en su organismo poderosamente. ¿Qué le parece mi idea para obligarles a salir de la Planta? ¡Ordene que gasifiquen todas las dependencias con tóxicos!

El profesor Harring había palidecido. Creo que algo de lo que yo acababa de decir le afectó bastante. Ni siquiera recordaba que en mi perorata, soltada a chorros, pasé por alto su pregunta.

-Seres de otros mundos -musitó-. ¿Está seguro?

-No estoy seguro de nada -gruñí-. Los últimos días han rebosado emociones para mí. Voy de sorpresa en sorpresa.

-¿Por qué no me explica cuanto sabe, Anderson?

-Lo haré... más tarde. Ahora necesitamos ganar tiempo -insistí-. *Ellos* han de abandonar la Planta antes de que se produzca una hecatombe. ¡Echémoslos!

-Pero...

La telepantalla se iluminó, atajando al profesor en lo que se proponía alegar. Vi que aceptaba los hechos con horror, igual que si algo apabullante se abatiese sobre él, aplastándole. El rostro de un hombre tocado con yelmo apareció en la pantalla. Los distintivos de plata de su graduación militar brillaban a ambos lados del cuello.

-Hable, capitán -autorizó Harring.

-Uno de mis soldados ha sufrido un ataque parecido al de Sparrell. Me he visto obligado a disparar sobre él. En el parte diario comunicaré la baja por escrito.

-Pregúntele qué lugar ocupaba -intervine-. Eso puede servirnos de mucho.

-¿Dónde estaba su soldado, capitán?

-En el Sector Cinco de la muralla. Un puesto de vigilancia alejado.

Harring aguardó otra nueva intervención, pero yo me limité a encoger los hombros. Mientras los dos hombres hablaban, me sumí en hondas reflexiones de las que esperaba hallar solución para todo. El Sector Cinco de la muralla se encontraba detrás de los edificios empotrados entre las

abruptas gargantas de la cordillera. Un camino ideal para escabullirse... y no dejar rastro.

Sin duda, ellos lo habían elegido para esfumarse. ¿Por qué? La guardia militar que acordonaba la Planta Atómica no representó obstáculo contra los invasores, puesto que la *obediencia psíquica* hizo presa en Sparrell, demostrando su fácil filtración pese a las protecciones. El soldado padeció el ataque bastante después, lo que inclinaba a sospechar que los vio *cuando salieron*, y entonces proyectaron los *mandatos* en su cerebro.

-¿En qué piensa? -preguntó el profesor.

-Ha pasado el peligro -murmuré-. *Ellos* ya han desaparecido de la Planta.

-¡Anderson! -casi gritó-. ¿Quiere decirme de una vez qué significa este rompecabezas?

-Con mucho gusto. Es más, también le diré que Isótom 81 cuenta con la mejor protección contra esos extraños invasores. Lo he descubierto ahora mismo. Los isótopos radiactivos debieron actuar en su organismo, obligándoles a abandonar la Planta. Atiéndame, profesor. Se lo contaré todo. Empecemos por el cráter...

Y le relaté, punto por punto, cuanto Marcia, Wynne y yo averiguamos siguiendo el proceso clínico de Otam Kragger. Tardó algún tiempo en admitir las increíbles deducciones a que habíamos llegado, pero al fin claudicó. Creo que a partir de entonces fue cuando empezó verdaderamente nuestra amistad. Ahora debíamos aunar los esfuerzos para descubrir el paradero de los invasores de Isótom 81.

CAPÍTULO II
EN busca del enemigo

Pasamos la noche en la Planta Atómica, porque cuando terminé mi prolija explicación había transcurrido demasiado tiempo y yo no sentía el menor deseo de pilotar el bicohete en plena obscuridad. Además, el profesor Harring insistió en ello.

Marcia y yo aceptamos la invitación casi complacidos. Así, pues, no escribí en el *Diario* que ahora me sirve de documento fehaciente las últimas aventuras. Las recuerdo bien y no necesito para nada recurrir a él. Explico lo que sigue memorizando, ya que existen unas páginas en blanco que nunca me preocupé de escribir.

La verdad, es que transcurrieron unos días hasta que volví a sentarme y dispuse de un rato para reseñar el curso de los acontecimientos. De momento, contábamos con algunas cosas importantes. A saber:

a) El *choque* contra el casquete polar de Isótom 81 fue causado por un objeto indescriptible, de tremenda fuerza perforadora, que penetró hasta las entrañas del planetoide.

b) La Comisión Investigadora no pudo seguirle el rastro hasta lo hondo del embudo, porque los corrimientos de tierras rellenaron el agujero y amenazaron con sepultar a los intrépidos excavadores. La pista se perdió... hasta la aparición de Otam Kragger y Marcelo Forbes, quienes nos hicieron contraer las primeras sospechas.

c) El *objeto* llevaba en su interior tripulantes. Acaso procediesen de Marte o Júpiter (los planetas más próximos), pero también podían proceder *de cualquier rincón del espacio*.

d) Sus intenciones no tenían nada de cordiales. Se proponían causar daño a la Colonia Terráquea afincada en Isótom 81. La evidencia de sus malignos propósitos quedaba demostrada por el empeño en permanecer ocultos, hasta tal extremo, que proyectaban una trastornadora influencia mental a cuantas personas alcanzaban a descubrirles, privándoles así de la oportunidad de revelar su identidad más o menos extragaláctica. Disponía de seis atacados (siete, incluyendo al soldado de la guardia muerto) que abogaban en favor de mi tesis.

e) El objetivo de su misteriosa invasión podía cifrarse en tratar de suspender los experimentos llevados a cabo por la Planta Atómica, secretamente especificados en el *Proyecto S.A.* del Alto Mando Interplanetario terrestre.

f) Las partículas radiactivas, que tan profusamente abundaban en la Planta, les perjudicaban igual o más que a los seres humanos. Por esta razón, y pese a filtrarse en ella, tuvieron que abandonarla por el Sector Cinco de la muralla.

g) Había comenzado para nosotros una guerra innominada contra un adversario desconocido y debíamos procurar localizarlos antes de que la *obediencia psíquica* transformase a la población entera en un ejército de locos obsesionados por la autodestrucción de su propio planetoide.

No encerraban nada de halagüeño las siete conclusiones que nos atormentaban al profesor Harring y a mí. Él, como cabeza visible de la sociedad que vivía en Isótom 81, cargaba con el peso más grande de la responsabilidad. Entonces, lo vi deseoso de depositar su confianza en alguien. Igual que necesitado de un *confesor*. No lo dijo a nadie, pero yo estaba seguro de que echaba de menos al doctor Bullan y lamentaba como nunca su irreparable pérdida.

Bullan dormía el sueño eterno en la Luna, enterrado bajo la superficie agrietada y árida. Sólo a Mason o a mí podía recurrir. Tal vez ésta sea la causa por la que puedo explicar a las generaciones futuras la auténtica verdad de lo ocurrido en Isótom 81.

El ofrecimiento de que permaneciésemos en la Planta no me disgustó. Tampoco Marcia objetó en contra, quizá por sus lógicos reparos hacia mis limitados conocimientos de espacionavegación. El bicohete, en mis manos, se convertía en una especie de proyectil borracho.

Mientras nos preparaban la tardía cena (que consumiríamos en el despacho privado de Harring) utilicé el *intercom* para ponerme en contacto con el Centro-hospital. Reclamé la presencia de Wynne, que acudió casi en seguida. El rostro risueño de mi segundo ayudante me anticipó, antes de hablar, que la normalidad imperaba en la institución clínica de la ciudad subterránea.

-El profesor se encuentra bien -respondí a su obligada pregunta tras el saludo de rigor-. Por fortuna no hay que lamentar otra lesión que un ligero rasguño... causado por él mismo. ¿Y por ahí? ¿Cómo va la Sala de Recepción y la cosecha de fichas azules?

-No se ha registrado ningún otro caso después del de Marco Laguna, doctor. Cesaron tan bruscamente como aparecieron. Respecto a los atacados continúan en estado pasivo gracias al *Cloronarcotil*. En cierto modo, no puede sorprendernos, ¿verdad? Los *invasores* habían derivado hacia la Planta, dejando la ciudad libre de su influencia.

-Celebro las noticias. Mañana temprano envíe una heliambulancia para hacerse cargo de un paciente.

-Entonces... ¡pasaron por ahí, como suponíamos!

-Sí. *Pero ya no están* -contesté-. La radiactividad es mal enemigo hasta para los fantasmas. Se lo explicaré con detalle a mi regreso. Siga encargándose de la dirección y avíseme si se presentan nuevas víctimas de obediencia psíquica. Marcia y yo nos quedamos aquí.

-Como usted mande, doctor.

-Hasta mañana, Wynne.

-Un momento -rogó-. Tengo una idea... y quisiera ponerla en práctica si usted me autoriza.

-¿Qué es ello?

-Usted me dio permiso para someter a los hospitalizados a un interrogatorio de tipo hipnótico.

-Sí. Y también le anticipé que no obtendría resultados. Es imposible que recuerden nada de lo sucedido antes de la sacudida psíquica que alteró su cerebro.

-Conforme. En eso tenía usted razón. He fracasado. Pero ya le informé que Aurora Stanley sufría un desequilibrio nervioso poco intenso. Aspiro a hacerle una prueba utilizando un tratamiento de electrochoques. Después de todo, no existe la certeza absoluta de que la *obediencia psíquica* sea motivada por procesos anímicos.

-Acláreme eso, Wynne.

Se tomó medio minuto para ordenar las ideas que saltaban en su mente. ¡Aquel muchacho estaba pensando algo que a mí se me ocurrió al poco de experimentar la *Dracomita* con Kragger! Cierto que no tuve tiempo de llevarlo a la práctica; pero Wynne lo haría... y yo confiaba en su capacidad médica porque su diagnóstico de *catalepsia irregular* marcó el primer hito para aguzar nuestras aprensiones iniciales.

-He estado dándole vueltas a una opinión suya sobre la naturaleza promotora de esta clase de trastornos -repuso-. La influencia psíquica que afectó al cerebro pudo ser ejercida de forma natural o bien mediante extraprocesos técnicos. Creo que empleo sus propias palabras, doctor. Un fenómeno curioso por demás. No debió existir *agente natural*, ya que el interrogatorio de hipnosis se estrelló contra el mutismo. ¿Es aventurado imaginar que *grabaron* las ideas subversivas utilizando un sistema hipermecánico?

-Sé a dónde quiere ir a parar, Wynne. Un cerebro mecánico que imprime *huella* en la mente humana. Algo así como sugestión artificial.

-¿Por qué no? Las criaturas capaces de idear un *objeto* como el que les trajo a Isótom 81 han de ser, por fuerza, supertécnicos en ingeniería creadora. Cualquier invento terráqueo, lanzado a tan portentosa velocidad sobre un asteroide, se habría aplastado o resquebrajado el astro... pero no *introducido* hasta el subsuelo sin sufrir desperfectos en la estructura. Éste es un problema resuelto que deja en mantillas a los sabios en telebalística de la Tierra. Añadamos a ello que el proyectil... ¡iba tripulado!

-No se esfuerce en convencerme. Estoy predispuesto a aceptar cualquier absurdo. Convengo en que la *obediencia psíquica* puede ser producida por medios científicos.

-En tal caso, los atacados se verían libres de ella, y recuperarían su

consciencia racional, contraatacándoles por procedimientos de electrochoques graduados. Una estabilización de la mente proyectando fuerzas *inversas* a las causantes del *shock*.

-Adelante -contesté-. Ensáyelo.

-Gracias. Probaré con la señora Stanley. Buenas noches.

-Adiós, muchacho. Es usted un...

-¿Decía algo, doctor Anderson?

-Nada -sonreí-. Me gustaría que el *Genio* lograse vernos por un agujero. ¡Hasta mañana!

No debió entenderme. Yo aludía, como es sabido, al eminente profesor Albert Yost, autor material de mi viaje interplanetario a Isótom 81. Entre él y mi antiguo jefe el doctor Taskaldew, me designaron sucesor de Bullan al ocurrir el fallecimiento. Se habrían quedado boquiabiertos de saber lo que entonces sucedía en el planetoide.

Pero ambos se hallaban en la Tierra, ajenos a los hondos problemas que nos aquejaban, sólo preocupados en combatir la opinión adversa que el proyecto de *Separación Asteroidal* suscitaba en nuestro mundo.

Como ya he señalado, Marcia, Harring y yo cenamos en la cámara privada de este último. Hablamos de muchas cosas en general y ninguna en particular. Claro, esto sí, que todas las futuras disposiciones encauzadas para el día siguiente poseían el mismo anhelo y meta: Buscar la pista de los invasores y seguirla hasta la localización final. No sé si los demás durmieron mucho aquella fatídica noche. Confieso que yo la pasé dando vueltas y fue imposible que lograse el descanso.

Por ello, al día siguiente madrugamos bastante. Volver a la actividad casi equivalía a una liberación. Me obsequié con una ducha helada y friccioné mi cuerpo con alcohol metílico. Quedé como nuevo y dispuesto a presentar batalla.

Desayunamos ligeramente y nada más terminar, me notificaron que la heliambulancia había llegado. Di orden de que fuese trasladado a ella el *nivelador* Sparrell, y rogué a Marcia que no le perdiese de vista.

-Voy a despedirme del profesor -expliqué-. Regresen al Centro-hospital en seguida y yo lo haré con el bicohete.

En los grandes y hermosos ojos negros se reflejó la impresión de que no creía en mis palabras. Marcia era demasiado inteligente y me conocía ya lo suficiente como para no dejarse engañar de buenas a primeras.

-Tenga cuidado -recomendó-. Lo suyo es la Medicina, doctor.

-¡Oh, descuide! -sonreí-. Un breve cambio de impresiones y volveré al Centro.

-Así lo espero -contestó con acento de duda.

Nada me obligaba a permanecer en la Planta Atómica y en realidad, debía personarme cuanto antes en la institución clínica porque el trabajo

abundaba. Pero yo creía tener contraída una especie de deuda moral con Harring.

Se portó maravillosamente conmigo, sin hacer valer su autoridad ni reprocharme el evidente retraso en que incurrí al notificarle los casos psíquicos. Mi obligación hubiese sido hacerlo nada más producirse el primero. Estaba resentido con él y lo confieso. El profesor se comportó con tal entereza que acabó disipando mis enojos, empujándome a prestarle cuanta ayuda necesitase. ¿Serviría de algo mi humilde colaboración?

Seguía en el despacho, dando instrucciones por el girocrófono del telecontrol. Esperé a que terminase. Entonces, le ofrecí la mano en señal de despedida.

-Le deseo suerte, profesor -dije-. Regreso a mi puesto.

-Me hará falta, Anderson. Ya vi por la pantalla que su heliambulancia partió hace escasos minutos. Sospeché que usted iba a dejarme sin decirme adiós y me amargó el pensamiento.

-Han fallado sus sospechas.

-No es la primera vez, ¿verdad? -murmuró-. Quizá no le juzgué todo lo bien que merecía. Ha dado una gran lección al preocuparse tanto de mí.

-Era un deber. Además, ya le expliqué cómo llegamos a la conclusión de que los *invasores* se aproximaban a la Planta. Después de escuchar las estereofonías de Kragger y Forbes encaminadas a fomentar una reacción antiatómica fue sencillo suponer que su vida corría peligro. Tal vez... tal vez no actué todo lo de prisa que habría sido lógico.

-Llegó a tiempo y eso es lo importante. Ahora ya sabemos que, por paradoja, el lugar más contaminado de Isótom 81 es, a la vez, el más seguro para librarse de esos extraños visitantes. Espero que no se atrevan a presentarse de nuevo aquí, mientras carezcan de protección adecuada.

-Cuando entré, estaba dando órdenes a toda prisa. ¿Ha decidido ya su plan de acción?

Harring curvó los labios en un frunce visiblemente cómico. Yo levanté una mano, para atajarle.

-Perdone -supliqué-. Tengo el defecto de preguntar demasiado.

-Sí. Es usted incorregible. Pero ahora no quiero que volvamos a enemistarnos. Efectivamente, he meditado un proyecto de defensa. No se lo explico, porque sería excesivamente largo... aunque le invito a que participe en él.

-¿Lo dice en serio?

-Dentro de poco salgo hacia el cráter. Tengo que informarme de los últimos resultados obtenidos por la Comisión Investigadora. ¿Ha visto usted el gran agujero?

-No, profesor. Llevo varios días enfrascado en los ensayos del laboratorio. Creo que estoy muy cerca de conseguir la droga.

-"Antirrad 603" -musitó-. Un elemento necesario. Cuide de que nuestros enemigos lo ignoren -ironizó-. Con ella serían inmunes a la radiactividad de la Planta.

-No pase cuidado. Lo único que ellos persiguen es la interrupción de los trabajos atómicos. Es curioso, ¿verdad?

-¿Por qué?

-Porque el doctor Bullan también le pidió un plazo de cesación. Dos ángulos distintos... que convergen en el mismo punto.

-Bullan suponía que realizaría más rápidamente el descubrimiento de "Antirrad 603" sin tener que luchar contra la radiactividad progresiva.

-¿Y a ellos? ¿Qué les impulsará, profesor? ¿Lo ha pensado usted?

-Toda la noche. No es fácil imaginarlo.

-Para usted debía serlo -repliqué abiertamente-. Los demás andamos a obscuras. Pero usted conoce el verdadero significado del Plan S.A. Acaso tenemos el motivo de la invasión delante de la nariz. ¿Me equivoco?

-Usted debió estudiar para detective en vez de médico.

-¿He dado en el clavo?

-En el mismo centro -reconoció.

Contuve la respiración y esperé, tenso. ¡Me hallaba al borde de averiguar la misión encomendada a la colonia terráquea de Isótom 81! ¿Sería posible que lo supiese al fin? ¡Cuánto tardaba Harring en añadir alguna palabra reveladora!

-Siento defraudarle. Es un contenido secreto -agregó transcurridos varios segundos-. No puedo decírselo, Anderson.

-Bien -acepté, desalentado.

-Con vistas a su propia seguridad, prefiero que lo ignore. Piense por un instante que usted sufre el ataque de esa extraordinaria *obediencia psíquica*. No se limitaría a amenazar y fomentar el descontento como los otros enfermos. ¡Gritaría por las calles de Isótom 81 toda la verdad!

-¿Y si fuese usted el atacado, profesor? Entonces, los trabajos de la Planta quedarían definitivamente interrumpidos. ¡Fracasaría el *Proyecto S.A.*!

-No. Aunque yo muera, Mason seguirá adelante. Y si muere Mason, continuará el que le sustituya. Existen instrucciones sobre ello y nos juramentamos ante el Alto Mando Interplanetario. ¡La Planta Atómica nunca dejará de emitir el *canal* de empuje...!

Se interrumpió. Vi como mordía sus labios finos y casi crueles. ¡Había estado a punto de dejar escapar algo revelador! ¡Algo capaz de iluminar las negruras de nuestra ignorancia!

-¿Pretende convencerme de que los hombres trabajarán aun desconociendo el porqué de su trabajo? -pregunté, volviendo a la carga.

-Así lo prometieron en el Juramento.

-Eso no parece humano.

-Los avances científicos, a veces, están reñidos con los principios humanitarios.

-¿Se trata de un avance científico?

-Pues... sí.

-Lo dice de una forma... como si todos nosotros fuésemos culpables. Recuerdo las frases que murmuran los atacados durante el período de postración. Culpable... ¿de qué delito? ¿Asesinato colectivo, tal vez?

-No se deje influenciar por palabras vacías. La culpabilidad o la inocencia son conceptos relativos. Póngase en el plano del vencedor y le llamarán inocente. Pase al del vencido y será calificado de culpable. Pero descanse. Nosotros somos *inocentes*. Las frases que murmuran los enfermos no nos atañen a ninguno.

-La Tierra ha de ser, por fuerza, el Vencedor Absoluto del Universo, ¿verdad? Así queda explicada la total inocencia.

-Como terrestres, ni usted ni yo tenemos derecho a dudarlo.

-Nos desviamos, profesor. Ciencia, falta de humanidad y poderío, representan tres argumentos en los que hasta hoy no había pensado. No le reprocho que continúe en su mutismo. Pero empiezo a temer que hay algo podrido fermentando en la ciudad subterránea de Isótom 81. O por mejor decir, en la Planta Atómica. Acaso los *invasores* son más dignos de lástima que de odio. Puede que en lugar de un ataque... se trate de una legítima *defensa*.

-Temía que su visión fuese estrictamente médica. No quisiera, por ningún sentido, volver a chocar con usted. Sin embargo, debo repetirle que la Medicina y la Ciencia escalan cumbres distintas, aunque a veces se tiendan la mano para perseverar en la escalada. No se preocupe por lo que la Ciencia llama *Separación Asteroidal*. Dedique todo su esfuerzo a la radiactividad, ya que combatir este mal forma parte de la Medicina. Y para ello le destinaron al Centro-hospital.

-Quizá tiene usted razón al afirmar que soy un incorregible curioso.

Harring desgranó una risita y se puso en pie.

-Tómelo como un halago, porque con ello no busco la censura. ¿Qué ha decidido? El espaciocohete me estará aguardando para trasladarme al cráter.

-Le acompaño -resolví-. La verdad, profesor... me esfuerzo en inhibirme de todo, mas cada minuto que transcurre siento crecer el anhelo de sumarme a la pelea.

-Dejaré recado para que le avisen si es necesaria su presencia en el Centro-hospital.

-De acuerdo.

El espaciocohete -un *lanza* rápido para el servicio de circunnavegación

en Isótom 81- nos llevó al casquete polar del planetoide a una velocidad algo así como diez veces superior a la máxima que podía desarrollar mi pequeño aparato. Observé, en primer lugar, que el profesor Harring dispuso protección armada.

El piquete de la milicia llegó equipado con pertrechos de guerra y armas portátiles de tipo nuclear. Al parecer, los últimos acontecimientos calaron hondo en los temores del jefe supremo. No quería volver a ser pillado desprevenido.

El hecho de que admitiese la *envergadura* de los enemigos a quienes habíamos dado en llamar *invasores*, acabó desterrando de mi mente la idea de subestimarles... Harring sabía infinitamente más que yo sobre la cuestión, porque contaba con la certeza de conocer todo el valor real de las dos palabras clave: *Separación Asteroidal*. Podía prever las consecuencias... y hasta atajarlas. Se hallaba en condiciones admirables para dirigir el contraataque.

Por enésima vez en las últimas semanas, repetíme hasta la saciedad aquella pregunta incógnita: ¿Qué significaba *separación asteroidal*? Discriminándolas, pensando sesudamente en cada una de ellas, llegaba a varias conclusiones. Separar equivalía a apartar o por extensión analógica, a *elegir*. Respecto a *asteroidal* la etimología aún resultaba más clara. ¿Elegir asteroides? ¡Maldito proyecto espacial que ni en la Tierra ni en Isótom 81 podían descifrarme!

El vuelo fue rápido y breve. Desde mil metros de altura, al virar para iniciar la deceleración gradual, tuve ocasión sobrada de contemplar cuanto nos rodeaba. El casquete no difería gran cosa del resto del planetoide, excepción, hecha de la abundancia de hielos cristalizados que le daban aspecto de inmenso vidrio curvado. Los tibios y lejanísimos rayos del Sol arrancaban reflejos espejeantes vividamente cegadores. También vi, y en ello fijé mi atención, el *famoso* cráter.

No era muy grande, lo que me convenció de que las versiones populares siempre aparecen desorbitadas ante la realidad desnuda. Una punzada honda y trepanante en la tierra. Una serie de grietas concéntricas se extendían en derredor. Calculé, por intuición, que alcanzaría los seis u ocho metros de diámetro.

Algunos montículos de tierra entremezclada con numerosos prismas helados señalaban las galerías excavadas por la Comisión Investigadora. Representaban la *prueba* del fracaso, porque los espeleólogos no consiguieron penetrar demasiado hondo en el subsuelo.

El espaciocohete tomó superficie en sentido vertical y lo desalojamos por la escotilla de popa, entre los alerones posteriores y las toberas expulsoras de gases exhaustivos. El piquete militar nos rodeó en silencio, descolgando los protofusiles y. avanzando a nuestro lado protectora y

vigilantemente.

En otra ocasión, quizá me hubiese reído. Entonces, tragué saliva y aspiré con fruición el oxígeno que fluía por las válvulas de mi yelmo.

La Comisión se hallaba integrada por varios científicos, una brigadilla de obreros especializados y dos neumomáquinas excavatorias. Habían improvisado un campamento ciñéndose al modelo clásico lunar, es decir, con alojamientos provistos de campánulas isotérmicas y aislosónicas. En general, podía aventurarse que gozaban de modestas comodidades.

Fui presentado a los miembros principales y estreché unas cuantas manos tan gruesamente enguantadas como la mía. Después, se abrió la marcha. Pegado a Harring me aproximé a los bordes del *cráter*, donde recorrí con la vista el túnel vertical barrenado increíblemente por el objeto.

-No cabe duda de que llegó *lanzado* a velocidad superlumínica -comenté-. El choque sacudió al planetoide de polo a polo.

-Cierto -afirmó Stanton, uno de los científicos.

-Una astronave, proyectil o ingenio asombroso -añadí-. Duro y perforante. Indestructible.

-¿Por qué proyectil? -discrepó Wasser, otro de ellos-. Bien pudo ser el meteorito que creímos en principio. Acaso su composición metalo-mineral, destrozada por la colisión, se ha fundido con las capas del subsuelo e impide que hallemos rastros tangibles.

-¿Un meteorito *tripulado*? -me burlé.

-¿Qué dice usted, doctor? ¡Eso es imposible!

-Por favor, no se acaloren -intervino el profesor Harring al constatar el impacto de mis palabras-. El doctor Anderson ha aportado nuevos descubrimientos a la cuestión... y deben tomar en consideración cuanto acaba de decir. Les pondré al corriente en seguida. Ustedes se encuentran algo atrasados de noticias y temo que la aportación del amigo Anderson va a echar por los suelos nuestras anteriores hipótesis.

Harring hizo justicia, reservándome mi porción de gloria correspondiente. Las caras de los reunidos se sonrojaron y circundaron al profesor ávidos de enterarse de todo.

-¿Un proyectil tripulado? -se admiró Stanton.

-Quizá no sea un proyectil -rectifiqué-. Yo dije un objeto desde el principio. Claro que no poseo nada concreto en qué basarme. Lo más notable del caso es que nadie distinguiese su presencia en el espacio. Por ejemplo, el mismo *aviso* que yo percibí pudo ser observado por los instrumentos de exploración sideral emplazados en el aerocuartel.

-¡Un *aviso*...! -Harring me miró, turbado-. No lo mencionó hasta ahora, Anderson.

-Tiene razón, profesor -contesté-. Hasta ahora, también, no le concedí la importancia que parece tener. Eso bastará para probarles que el *objeto*

estaba dotado de elementos propulsores. No cayó aquí por impulso o atracción. *Vino* directo, teledirigido, gobernado o disparado a propósito. Con finalidad definida. Escuchen. Lo descubrí el día del temblor...

Expliqué con detalle el anormal tintineo de las probetas de mi laboratorio. Aquel aviso llegó antes de la sacudida. Los que han seguido la transcripción de mi *Diario* desde que inicié el informe partiendo de la *Institución ODanley*, de la Tierra, saben a lo que me refiero.

Después de expuesto, los científicos se lanzaron a divagar sobre ondas expansivas, propagación sónica en el espacio, ultrasonidos y no sé cuántas cosas más, todas las cuales, genéricamente, tendían a demostrar que el desplazamiento atmosférico *podía* haber estremecido el subsuelo segundos antes de producirse la colisión. He aquí por qué el instrumental de mi laboratorio *tembló* sin causa aparente.

El profesor Harring zanjó la discusión e hizo una clara exposición de cuanto sabíamos, o creíamos saber, respecto a los *invasores*. La Comisión salía de una sorpresa para entrar en otra... *mayor*. Yo no presté gran atención a lo que decía, puesto que conocía al dedillo el contenido de su información, y paseé por los contornos observando atentamente el cono invertido originado por el *cráter*.

¿Era cuerdo suponer que, partiendo de aquel punto, los extraños visitantes se introdujeron hasta la red de vertederos que constituían el sistema evacuo-arterial de Isótom 81? Acabé familiarizándome con la idea. El camino del subsuelo representaba *seguridad* para ellos. Un medio excelente de penetrar en la ciudad, atravesarla y seguir hasta la Planta Atómica.

La ruta fue *declarada* por los individuos atacados, todos los cuales, sin duda, entorpecieron el sigiloso avance de los *invasores*. Las piezas sueltas del embrollado rompecabezas encajaban adecuadamente entre sí. Ahora sólo nos quedaba dejar a un lado las deducciones pasivas y arrojarnos duramente al sendero de la oposición activa.

La opinión de Harring se ajustaba a la mía propia. Al regresar a su lado todavía pude escuchar el final del discurso.

-...Vamos a seguir, palmo a palmo, el terreno recorrido por *ellos* -decía-. El *cráter* no nos ofrece posibilidades, ya que los desprendimientos de tierra acabarían sepultándonos. Propongo iniciar la investigación desde el lugar donde fueron hallados Otam Kragger y Marcelo Forbes. Luego, siguiendo la pista, reconstruir todo el itinerario. Es el único medio para desenmascararlos. Una vez aclarado este punto que nos intriga, emprenderemos la búsqueda final para localizarles, coparles y capturarles.

-¿Cree usted que será fácil, profesor? -preguntó uno de los presentes-. En Isótom 81 abundan los escondrijos. Todo el subsuelo está horadado por túneles y calles. Si no se tratase de una ciudad atómica, podríamos detectar

el rastro aprovechando la radiación recogida a su paso por la Planta. Pero no nos queda ni esa probabilidad. Una detección nos sumiría en el desconcierto, porque el ambiente se halla supersaturado de isótopos radiactivos.

-Lo sé -admitió el profesor-. Aunque espero que nos sobren pistas. *Ellos* tratarán de ocultarse por todos los medios. Si alguien les descubre, volverán a emplear la *obediencia psíquica*. Éste será el momento de iniciar el cerco.

El razonamiento calmó las últimas indecisiones. Utilizando la teleemisora del espaciocohete, Harring lanzó al éter las perentorias órdenes necesarias y el ejército en peso se vio movilizado. ¡Comenzaba la caza! ¡Por nada del mundo me hubiese perdido aquel espectáculo insólito y emocionante!

-¿Puedo acompañarle, profesor? -solicité.

-¿También usted desea echarles el guante, doctor Anderson? -contestó risueño.

-No es eso exactamente. La captura es asunto de la milicia. Lo que mayormente me intriga es aclarar el alcance de las dos palabras que parecen ser clave decisiva: *Separación Asteroidal*.

-No abandona el empeño, ¿eh?

-Usted me fuerza a ello. Tendré que averiguarlo por mis propios medios.

Los dos nos miramos y los dos sonreímos. Entonces, estábamos ambos muy lejos de saber que yo me esforzaría en matarlo antes de que finalizase el día. ¡Yo, presunto asesino del profesor Harring!

CAPÍTULO III
EL lóbrego camino

Los vertederos, con la inmensa red de cloacas discurriendo en todas direcciones, ofrecían un panorama repugnante. Olían mal, pese a los respiradores de desinfección, y el oxígeno de las válvulas *difusoras* se gasificaba con irregularidad. Al poco, nos vimos obligados a emplear los yelmos para poder aspirar con desahogo. Trabajar en semejante lugar debía ser peor que una condena perpetua en los asteroides penitenciarios de castigo.

Era como un pequeño mundo, horrible y lóbrego, dentro de la ordenada urbanización que distinguía el otro mundo técnicamente concebido y prácticamente realizado que constituía la ciudad subterránea de Isótom 81.

A él descendimos, no sin cierta inquietud. Luces veladas, lodo pastoso en los canales de desagüe y manchas de una variedad de moho gigantesco trepando por las sólidas paredes de *tetravigón*, el material de construcción inalterable. Imperaba el silencio, el más opresivo silencio que yo había conocido jamás, sólo quebrado por el fatigoso burbujear de los remolinos que arrastraban inmundicias, desperdicios orgánicos y esponjas residuales de las industrias establecidas en el planetoide.

Ni siquiera el silencio del espacio -la paz asfixiante del *gran vacío interestelar*- podía parangonarse con el de las cloacas. Los cuchicheos, las voces y hasta el arrastrar de los pasos, sonaban de un modo atroz, ensordecedor, multiplicándose en ecos que retumbaban contra las bóvedas húmedas e infectas que taladraban el subsuelo.

El líquido rojo-negro que arrastraban los canales se hallaba fermentado por corpúsculos en putrefacción y poblado de bandas de esporozoarios abyectos, movilizadas a la busca de residuos nauseabundos. Todo cuanto nos rodeaba me pareció repelente.

Los reflejos luminosos, el gorgoteo exasperante, la fría humedad y la pastosa alfombra del suelo que pisábamos. Por aquel camino infame, hurtándose a las miradas, avanzaban los *invasores* para cumplir sus designios. ¿Qué clase de designios? Aún no lo sabía. Como días antes participé a Wynne, conocíamos los efectos, pero no las causas. ¿Iban a sentenciarnos sin explicar el delito por el que se nos acusaba? ¿Posible? ¡Quién sabe!

Yo seguía en cabeza del pelotón, muy cerca del profesor Harring, procurando no perder detalle de cuanto nos circundaba. Las paredes rezumaban goterones blancuzcos, semejantes a marcas salinas. A medida que perseverábamos en la exploración, adentrándonos en las profundidades, la claridad se desvanecía y adquiría un tono fosfórico, irreal. Aumentaba el silencio. ¡Lo mismo que si estuviésemos a un millón

de kilómetros de Isótom 81!

Cuando llegué al planetoide no me sorprendí demasiado al contemplar la ciudad. Después de todo, había visto otros centros atómicos en la Tierra. Pero aquello era distinto. Jamás pasé por una experiencia parecida y hasta empecé a considerar infrahumano el servicio constante en las cloacas.

Hasta que llegamos a una de las macizas esclusas de acumulación, lugar donde apareció medio enloquecido Otam Kragger, supuse que la marcha no acabaría nunca. En el recodo del canal habíase formado un apelotonamiento de materia inmunda en espera de ser evacuada a los *pozos sin fondo*. El olor debía ser allí espantoso.

Por fortuna, los yelmos nos preservaban del intensísimo hedor a descomposición.

Un empleado de servicio, provisto de máscara inhaladora, nos recibió y conversó durante algún tiempo con el profesor Harring, mientras los demás aguardábamos.

-¿Qué opina de la excursión, doctor? -preguntó Stanton a mi lado.

-Un espectáculo asqueroso -repliqué.

-¿Nunca había bajado hasta aquí?

-Nunca... ni espero volver a repetir el paseo. El personal de las cloacas acabará contrayendo enfermedades incurables, ¿verdad?

-Hemos puesto a su alcance medios sanitarios de defensa. Además, el servicio sólo es periódico. Constantemente los cambiamos de puesto. Ellos no se quejan, porque perciben sueldos fabulosos. Tres años de trabajo en Isótom 81 los convierten en millonarios, por eso cuando regresan a la Tierra pueden desquitarse de todas sus fatigas. En nuestro mundo es difícil mejorar de posición tan rápidamente.

-Ni por todas las fortunas del Universo me comprometería a permanecer tres años aquí.

-Usted no necesita comprometerse. Su tarea en el Centro-hospital es más importante que cualquier otra.

Renuncié a seguir hablando. Harring echó a andar túnel abajo, acompañado por el encargado de la esclusa, y la comitiva volvió a ponerse en movimiento. Nos dirigíamos, guiados por el hombre, al sitio exacto donde fue descubierto Marcelo Forbes.

Tuvimos que caminar unos 200 metros, medio encogidos para no rozar el abovedado techo de una galería de comunicación. La densa atmósfera habíase enturbiado aún más y flotaban hilachas incoloras que se mantenían inmóviles en el aire a causa de la casi nula ventilación.

Forbes pertenecía al personal del *motor*. De esta forma tan arcaica designaban al poderoso inyector subacuático que producía impulso para activar el contenido de los canales. Merced al referido impulso, los materiales en suspensión eran arrastrados por los vertederos hasta el plano

inclinado que les precipitaba, según su dirección de origen, en el correspondiente *pozo sin fondo*.

Harring cambió impresiones nuevamente con el encargado de los registros impulsores. Nos detuvimos... y yo aproveché la espera para barajar las ideas dispersas en mi cerebro.

Los *invasores* dejaron fuera de combate a Kragger y a Forbes cuando cruzaron las cloacas en su camino a la Planta Atómica. Eso equivalía a subrayar que *vinieron de dentro*, de cualquier lugar más allá de los *pozos sin fondo*. También había una posibilidad esperanzadora e indiscutible, más de actualidad que la anterior, en la que me puse a pensar.

Las esclusas y el inyector subacuático conservaban a sus respectivos *servidores*. Si esta vez no les había ocurrido *nada*, podía sospecharse que los extraños visitantes renunciaron a volver a los vertederos después de su fuga por el Sector Cinco de la muralla. ¿En qué lugar de Isótom 81 se encontrarían ahora?

Yo no acertaba a contestar la pregunta... ni creo que ninguno de nosotros estaría en situación de hacerlo, entre tanto no se manifestase algún nuevo poseído de *obediencia psíquica*. Necesitábamos la pista o corríamos el riesgo de perdernos entre el dédalo de laberintos que horadaban el subsuelo del planetoide.

Pensé que Harring acaso sustentase una teoría aproximada sobre su probable paradero. Aquel viejo y astuto zorro nos aventajaba a todos gracias a sus conocimientos respecto a la *Separación Asteroidal*. Animado por el deseo de sondearle, anduve hacia él.

-No cabe duda de que ésta fue *zona de tránsito* para las criaturas vivientes que tripularon el *objeto* -manifestaba con voz tensa-. Quizá habían recorrido una gran distancia hasta llegar aquí. Seguiremos su rastro *dentro* del planetoide y dejaremos para más adelante averiguar la *procedencia exterior*.

Sonreí. El profesor se expresaba igual que si acabase de leer mis propios pensamientos. La *procedencia exterior* significaba aventurarse por la porción desconocida todavía más honda que los *pozos sin fondo*, los cuales representaban el término subterritorial de los vertederos.

Él y yo estábamos de acuerdo en todo... hasta el presente. ¡Si pudiese desmenuzar el alcance de las palabras *separación asteroidal*! ¡Nadie lograría disuadirme de que aquél no era el *quid* básico de la cuestión!

-Bien -determinó Harring, dirigiéndose a todos-. Estamos en el punto de partida. Ahora vamos a reconstruir, paso a paso, el recorrido de los *invasores*. Según el doctor Anderson, que tanto ha colaborado para desentrañar el misterio, el siguiente atacado apareció en la Calle Klin, al Oeste de la Avenida de la Tierra. Demuestra que *ellos* salieron de las cloacas y se adentraron sigilosamente en la ciudad. El camino más lógico

podemos aventurar que es la sección de túneles occidentales. De la Calle Klin pasaremos al Distribuidor de Agua Potable, para continuar hasta el *emergedor* y la Línea Exterior... -me miró de improviso-. ¿He omitido algo, doctor?

-Nada -contesté-. Éstos son los datos ciertos que poseemos y que responden a los casos inscritos en el Centro-hospital. Abarcan desde Forbes a Marco Laguna. Ignoro si hasta la fecha se ha producido algún otro...

-Esos ya no importan tanto -se anticipó Harring-. Estamos ocupados en reconstruir el posible camino hasta la Planta. Aspiro a encontrar indicios de su paso.

-¿No cree usted que convendría averiguar antes la *verdadera* entrada de ese camino?

-No se impaciente, porque todo llegará. Sabemos que han venido del *otro lado* de los pozos. No cabe error. Voy a dejar un piquete de vigilancia... y daré orden de que abran fuego a la menor resistencia. Quizá me equivoque, pero si las cosas no salen como *ellos* esperan, sería perfectamente natural que intentasen abandonar Isótom 81 por el mismo camino empleado para llegar. ¿Comprende lo que quiero decir, doctor?

-Si -afirmé-. Usted cree que el *objeto* todavía se encuentra en el subsuelo, más allá de los pozos.

-¿Es absurdo creerlo?

-No. Opino igual. Y aportaría mucha luz echarle un detenido vistazo.

-Sería como dejarse atrapar premeditadamente en una trampa. ¿Espera que hayan dejado su maravilloso *objeto* sin vigilancia? No sea ingenuo. La fuerza militar que nos acompaña es apenas la necesaria para sostener una escaramuza: pero sucumbiría afrontando una batalla en regla. Dejaré un retén sólo como medio de obstrucción. Por pronto que proyecten la *obediencia psíquica* en uno de ellos, los demás tendrán tiempo de abrir fuego y destrozar a una parte de los *invasores*. Eso nos pondrá sobre aviso y los aniquilaremos. Respecto al *objeto*, ardo en tantos deseos como usted por examinarlo. Ha de ser una filigrana portentosa. Repleto de perfecciones. ¿Imagina lo que haría la Tierra con un millón de esos artefactos barrenadores?

-Bombardear impunemente a los restantes mundos del Universo e invadirlos para dominarlos sin piedad.

-¡Doctor!

Mi respuesta levantó murmullos. Ojos desdeñosos me miraron, casi ofensivos. Al parecer, mi concepto sobre la política terráquea -pese a ser infaliblemente exacta- les disgustó.

-Sigue pensando como un médico.

-Y usted como un científico, profesor. Yo no deseo catástrofes. La Tierra ha sido siempre el principal promotor de todas las habidas y por

haber en el Espacio.

-¿Por qué se siente tan pesimista? -arguyó Wasser-. Hasta ahora nosotros estamos sufriendo las consecuencias de uno de esos mundos que usted defiende por anticipado.

-Al fin, serán ellos quienes paguen los platos rotos.

-Nos han atacado.

-Todavía ignoramos lo que buscan en Isótom 81. Puede ser un ataque... o quizá no. No busquemos nosotros la violencia. Se lo pido a usted, profesor, como máxima autoridad del planetoide. Ninguno de los enfermos hospitalizados morirá. Están bajo un período de crisis, susceptible de ser aliviado con drogas e incluso curado. Mi ayudante Wynne se hallará realizando en estos momentos un experimento a base de electrochoques para acelerar su regreso a la normalidad. No se trata de una guerra. Estoy convencido de ello.

-¿Qué sugiere? -gruñó Harring-. ¿Hemos de soportar impertérritos que husmeen en nuestras instalaciones, que aterroricen a la población y que conviertan a los habitantes en maníacos antiatómicos? La energía nuclear es necesaria para los fines que persigue la Tierra de Isótom 81. ¡No lo olvide!

-Ya lo sé. Pero no deje un retén armado. No dé la orden de disparar, profesor. Sepamos primero a qué atenernos. Conceda a nuestros enigmáticos visitantes una oportunidad de exponer razonablemente sus pretensiones. Una vez metidos hasta aquí, vayamos al fondo. ¿A qué reconstruir un itinerario que ya ha sido deducido mentalmente? Sigamos avanzando. El *objeto* está enterrado quizás a poca distancia de nosotros. Creo que...

-Por favor, Anderson -atajó él, cáustico-. No me obligue a recordarle su condición médica... ni haga que lamente haberlo permitido venir. Se hará como yo he dispuesto. Es lo más conveniente.

-¿Para quién?

-Ante todo, interesa garantizar la seguridad. Su oposición está fuera de lugar.

-Muy bien -rezongué, picado-. Deje el pelotón. Que disparen. Que destruyan a todo bicho viviente. Cuanto más tardemos en examinar el objeto tanto más lejos seguiremos de la verdad.

Cuando decidí dar a conocer públicamente mi *Diario* ya dije que procuraría ser imparcial. Relato un episodio del Espacio que algún día formará parte de su Historia. Casi nadie en la Tierra se explica todavía por qué *fracasamos*. Yo aseguraría que la culpa de tal fracaso fue enteramente nuestra. Estábamos equivocados desde que se ideó el *genial* Proyecto S.A.

Los seres humanos son instintivamente desconfiados y agresivos por naturaleza. Si aquella mañana en las cloacas el profesor Harring hubiese

escuchado cuanto tenía que decir, acaso el curso de los acontecimientos habría variado de forma radical. Podría jurarlo.

No es que intente dármelas de profeta. Sería estúpido por mi parte pretender sentar cátedra de infalible. Pero si la comitiva que descendió a los vertederos hubiese seguido adelante en vez de detenerse al borde del canal, acaso la tragedia que amenazaba a Isótom 81 no habríase consumado tan inexorable y salvajemente.

No lo sabíamos entonces. Tardamos varias semanas en comprender que los visitantes se proponían negociar con nosotros. Sé que esta aseveración sufrirá las airadas protestas de muchos. Pero yo no quiero ser injusto con ellos. Eran los *representantes electos*... y venían a negociar. Simplemente eso. Lo supimos cuando ya no había remedio... para nadie.

Trato de explicar los hechos ciñéndome a la progresión cronológica del principio. De todas formas, creo que no perjudicaré el ritmo del relato dando cuenta ahora de un descubrimiento que fue posterior y en el cual, por circunstancias que seguidamente aclararé, yo no pude estar presente. Me refiero al *objeto*, naturalmente.

Cuatro días más tarde, fue hallado al borde mismo de uno de los *pozos sin fondo*. La toma de posesión se realizó pasivamente... ¡estaba vacío de tripulantes! ¡Sin vigilancia, ni *trampas*.

Todo cuanto averiguamos de él -salvando los detalles técnicos de espacioingeniería que no me atrevo a pormenorizar puesto que soy profano en la materia- lo reseñaré en su oportuno momento. El motivo de esta corta digresión en la línea argumental del informe, obedece sólo al deseo de justificarme ante quienes puedan creerme un petulante henchido de falsa vanidad.

Harring debió hacerme caso. Continuar túnel adentro. No fue así... y yo lo lamento; pero me cabe la satisfacción moral de haberme esforzado en quebrar la oposición adversa. Lo que tardamos semanas en conocer, nos habría proporcionado el *handicap* de tiempo necesario para evitar la avanzadísima enfermedad de Koassis, la criatura de las estrellas...

Bueno. Ahora sí he estado a punto de anticiparme catastróficamente. Sigo en el punto que me quedé, sin más divagaciones.

Harring, aferrado a su plan de acción, designó el retén de *obstrucción*. Allí quedaron los soldados, respirando aire impuro, envueltos en el silencio espantoso de las cloacas y con las armas protónicas prestas a la defensa.

Los restantes miembros de la comitiva retrocedimos por el túnel abovedado, alejándonos de la zona del *motor*, para regresar a las esclusas. Íbamos serios, indispuestos entre sí, y apenas hablamos.

Mohos, aguas pestilentes, podredumbre. Desisto de repetir mis impresiones, todavía más agudas a causa del mal humor. Estábamos ya cerca de los *reactoelevadores* cuando Patton, otro de los científicos de la

Comisión Investigadora, pisó en falso el resbaladizo suelo y se produjo la caída.

¡Cómo recordaré yo aquella caída mientras viva! ¡Fue el preámbulo de la *autoposesión* más iracunda que conocí jamás! ¡Iba a convertirme en presunto asesino!

Entonces pasé por muchas sensaciones que no pude analizar. Pero lo mismo ahora que en los episodios siguientes, explicaré lo que sentía y lo que supe después *que había sentido*. Creo que así todos comprenderán mejor mi estado de ánimo.

En realidad, no experimentaba otras sensaciones que las meramente perceptivas y sensoriales. Veía, podía moverme, emplear el tacto, captar los sonidos... pero todo esto de una forma inconexa y ausente. Más tarde pude catalogarme como a una especie de autómata vivo, compuesto de tejidos, músculos y huesos en vez de resortes mecánicos, registros positrónicos y ademanes motores regidos por energía interior.

Patton resbaló, su cuerpo obeso chocó con rudeza en un reborde del duro *tetravigón* y el chapotazo que produjo al zambullirse en el canal nos escalofrió a todos, sin duda porque la sorpresa actuó sobre nosotros igual que un prolongado estallido atómico.

-¡Agárrenlo! -chilló el profesor Harring imperativamente-. ¡No dejen que lo arrastre la corriente o perecerá antes de que llegue a las esclusas!

Cierto. El líquido mixtificado y pegajoso, idéntico a un limo nefasto, se cerró en torno a él ávido de engullirle. Patton manoteó y las salpicaduras hediondas enviaron pellas grumosas hasta la orilla. El pesado equipo que vestía, y en especial las gruesas botas, lastraban sus movimientos, coadyuvando a sumergirle.

Vi sus ojos desorbitados, presos de angustia, a través del yelmo. Corrí hacia la ribera, deseoso de prestarle mi ayuda, pero ya varios soldados de la escuadra que nos protegía habíanse anticipado. Actuaron deprisa y sin perder la serenidad.

Las manos crispadas del científico se asieron al cañón de un protofusil. La corriente arrastraba a su lado montículos descompuestos, orlados por voraces colonias de esporozoarios.

Entre dos hombres lo *pescaron* literalmente y media docena más, aunando sus esfuerzos, acabaron sacándole a la superficie. La sangre enrojecía sus labios cuando lo tendieron cuan largo era sobre el suelo.

-Dejen paso al doctor -ordenó Harring-. Creo que está herido.

Lo estaba. Herido, además, de consideración. Un somero examen me permitió apreciarlo. Aquel estúpido resbalón le hizo caer contra el borde y ofrecía una fractura de pared pectoral complicada por hundimiento costillar a la altura del corazón. Gravísimo. El silencio nos envolvió con esa pesadez que antecede a las tragedias. Esperaban mi diagnóstico.

-¿Es grave? -interrogó Harring.

-Sí -contesté-. Hay que trasladarlo inmediatamente al Centro-hospital... e intervenirlo.

-Mala suerte -rumió el profesor-. Ha sido una desgracia.

Creo que fue algo más que eso. Un rudo golpe del destino, diría yo. Si no hubiésemos regresado, quizá Patton habría evitado las fracturas. Todo se coordinaba de un modo siniestro. Yo, por fuerza, debía renunciar a seguir con la Comisión.

Mi puesto se hallaba siempre junto al doliente.

Yal hacerme voluntariamente cargo de Patton... iba a ofrecer la oportunidad al destino para que actuase nuevamente con sus rudos golpes.

-Hay que trasladarlo -repetí-. Convendría avisar para que envíen un vehículo rápido a recogerlo.

-Designe a unos cuantos para que lo lleven con sumo cuidado -dijo Harring, dirigiéndose al cabo que mandaba la escuadra-. En el núcleo de *reactoelevadores* existe una instalación de *intercom*. Pediremos socorro.

Así lo hicimos. Cuando repaso estos acontecimientos no puedo evitar estremecerme. ¡Cuán ignorante estaba yo de mi inmediato futuro! Las excitantes emociones de todo género no habían terminado aún.

Dije antes que los invasores se proponían negociar con nosotros... aunque omití añadir también que formaba parte de sus proyectos asustarnos lo suficiente como para fomentar conatos de desorientación. *Ellos* conocían la psicología humana, siempre dada a supersticiones y temores más o menos tenebrosos.

Entonces -yo seguía ignorándolo- ya dedujeron que los ataques de *obediencia psíquica* estaban prácticamente contrarrestados en virtud del tratamiento a que los sometíamos en el Centro-hospital. Además, Wynne trabajaba en el remedio más eficaz de cuantos conocíamos: la terapéutica de electrochoques.

Así pues, urgía implantar otro sistema capaz de amedrentarnos hasta el punto de facilitar sus primordiales *negociaciones*. La fatalidad me debió señalar con su dedo implacable, ya que fui elegido como instrumento de aquel terror que esperaban contagiase a todo Isótom 81.

Junto a la serie alineada de *reactoelevadores* existía, en efecto, una instalación de *intercom*. Harring conocía sobradamente cada pormenor de la ciudad subterránea en la que era director, rey y hasta despótico emperador a veces. La comitiva se detuvo allí. Los quejidos de Patton, pese a ser depositado en el suelo con todo género de suavidades, me recordaron impulsivamente la gravedad de su estado.

Harring me acompañó a la *intertele* -o cabina emisora- mientras los demás permanecían afuera. Manejé los reóstatos direccionales y establecí conexión con el Centro-hospital. La cara soñolienta del *teleoperador*

apareció en la pantalla.

-¡Doctor Anderson! -exclamó, perdiendo la rutinaria apatía.

-Comuníqueme con la señorita Randall. Déme un *canal* privado de preferencia.

-Sí, señor.

La pantalla se ensombreció, emitió parpadeos y yo tabaleé con las uñas sobre el metal barnizado de los bordes, impaciente. La localizarían en pocos instantes.

-No se deje llevar de los nervios -aconsejó el profesor.

-Estoy tranquilo.

-No lo parece... -sonrió-. ¿Por qué es usted tan excitable? Siempre anda buscando la ocasión propicia para enfurecerse conmigo.

-Olvidemos nuestros asuntos personales. Patton es lo más importante por el momento. Si usted me hubiese hecho caso, tal vez...

-¿Tengo yo la culpa de que resbalase? Debió mirar dónde ponía los pies. ¡Es usted...!

- ¡Sí, ya lo sé! -corté con brusquedad-. ¡Soy incorregible!

La mirada de Harring despedía chispas. Yo la ignoré y seguí tabaleando. Un destello alumbró la pantalla y el hermoso dibujo de la cara de Marcia me hizo olvidar el pasajero enfado. Los labios acapullados se distendieron en una sonrisa feliz y luego, por conducto del fono, escuché, su melódica voz.

-¡Hola, doctor! ¿Cómo van sus correrías por las profundidades de la ciudad? Veo que se ha olvidado de nosotros.

-Escuche, Marcia: Necesito que envíe una *terreambulancia* rápida a... -leí la placa dorada sujeta a la parte superior de la *intertele*-... Entrada 26-H-Sping, Sector Sur de los vertederos, justo al lado del *reactoelevador* Doce Clave Central.

-Pero...

-Registre la dirección, por favor. Es un caso de vida o muerte. Sam Patton acaba de fracturarse algunas costillas y precisa ser operado. ¿Lo registró?

-Sí, doctor. ¿Ha ocurrido algo... algo...?

-Descuide. Ni rastro de ellos. Nos ocupamos en reconstruir el bonito paseo de los invasores hasta la Planta -ironicé-. Idea... de alguien que manda mucho. Patton resbaló en el fango y tuvimos que sacarlo del canal.

-Yo misma me encargaré de dar las órdenes.

-Gracias.

-¿Puedo acompañar a los sanitarios?

-Claro que sí.

-Aprovecharé para contarle algo que Wynne descubrió ensayando con la señora Stanley. ¡Hasta ahora!

Ambos cerramos al tiempo la teleconexión. Me volví a mirar a Harring, cuya dureza ocular estaba dulcificándose.

-Una muchacha encantadora -comentó.

-El mejor ayudante que tuve jamás. Bien, profesor. La *terreambulancia* no tardará en llegar. Le sugiero que no pierda el tiempo haciéndome compañía. Salgan de las cloacas y continúen hasta la Calle Klin. Aún les queda un vasto programa por desarrollar.

-Le dejaré un par de soldados como escolta.

-¿Para qué? No los necesito. Yo cuidaré de Patton hasta que se presenten Marcia y los sanitarios. Le deseo suerte.

Harring no insistió. Después de todo, yo era el más indicado para velar por Patton y de nada me hubiesen servido los soldados. El científico yacía en el suelo, a mis pies, gimoteando. Lamenté no disponer ni de medio gramo de *hexamorfina* en polvo para aliviarle el sufrimiento.

Desde la entrada de la *intertele*, recostado contra la jamba, vi alejarse a la Comisión y la escuadra armada en dirección al elevador más próximo. Se acoplaron en él por dos turnos y apenas transcurridos cinco minutos de la despedida, quedé en soledad, únicamente acompañado por el silencio, los ahogados lamentos de Patton y el murmullo lejano de las cloacas.

Aquel sucio mundo de los vertederos seguía pareciéndome repulsivo y desagradable. Pronto saldría de allí, porque Marcia no tardaría en llegar. ¡Marcia! Al pensar en ella sentí como un viento fresco que fortaleciese mi espíritu. Me había acostumbrado de tal forma a su presencia que el tiempo que llevaba alejado me parecía larguísimo. Ansiaba verla, regresar al Centro-hospital, al trabajo de las salas y el laboratorio. Allí me sentía a gusto. En mi elemento.

De pronto -puedo precisar que fue *de pronto*, porque correspondió a una de las últimas sensaciones claras que recuerdo- percibí un anormal calorcillo en la nuca. Algo acariciante y tibio. La indefinible sensación térmica se filtraba a través del yelmo y obró sobre mí de forma adormecedora.

No sé los segundos, o minutos, que duró su influjo. A partir de aquel momento perdí *totalmente* la consciencia de mis actos y obré, según expresión propia, igual que un autómata orgánico. ¡Yo ignoraba que así se manifestaban los síntomas de la absorbente *obediencia psíquica*!

CAPÍTULO IV
YO, CRIMINAL PSÍQUICO

Creo que ganaré tiempo explicando ahora lo que me sucedía en lugar de esperar a hacerlo más tarde. Sin embargo, insisto en que yo no sentía nada y que cuanto voy a relatar seguidamente es el fruto de deducciones posteriores y de la versión que del hecho me facilitaron Marcia y Wynne una semana después.

Alterando en beneficio de cuantos me leen la correlación del episodio pretendo evitarles confusionismos y facilitar su comprensión.

El calorcillo llegó a transformarse en brasa intensa, quemante, que comunicó fiebre por todo mi cuerpo. Nunca hemos sabido desde qué ángulo proyector me *apuntaban*, pero lo cierto es que yo fui elegido como blanco de una clase de onda ignorada en la Tierra y a la que podría designar como *extracerebral*.

Sí. Resulta absurdo. Para convencer a los incrédulos se necesitan infinidad de pruebas. Yo sólo puedo aportar una, quizá la más definitiva: Isótom 81.

Han transcurrido años desde que aquello ocurrió. El planetoide atómico del que se esperaba el milagro espacial conocido en los círculos secretos por *Separación Asteroidal*, es la respuesta tajante para los escépticos. Si todo fue un sueño, si yo padecí neurosis momentánea y nada de cuanto escribo sucedió en realidad, Isótom 81 seguiría gravitando entre Marte y Júpiter. Pero vuelvo a repetir que mi única prueba, la que ofrezco a la consideración general, es la existencia y la *no existencia* del planetoide en sí.

Prosigo con el informe de unos acontecimientos verídicos. Que cada cual saque sus propias conclusiones.

Llamé a la onda *extracerebral* porque actuaba directamente sobre los delicadísimos resortes de la mente, trastornándolos e inculcándoles una idea agresiva por cuanto se relacionase con Ja Planta Atómica y su labor específica.

Esto ya lo habíamos averiguado mis ayudantes y yo estudiando los primeros casos que se produjeron. Lo más asombroso no fue comprobar la exactitud casi matemática de los síntomas, sino la insólita experiencia de *vivirlos en persona*.

El calor abrasante de la nuca cesó al transcurrir algún tiempo. ¿Cuánto? No lo sé. Para entonces, ya sentía mi cuerpo bañado en sudor y temblaba como un azogado. ¿Catalepsia irregular? Estaba descartada. La verdad, la única verdad... ¡*obediencia psíquica*!

La onda me *dirigió* certeramente. Abandoné la entrada de la *intertele*, me olvidé de Patton y anduve, paso a paso, otra vez... ¡hacia las cloacas!

¡Estaban allí! ¡*Ellos* se hallaban junto a nosotros y seguramente asistieron a los esfuerzos de los soldados para rescatar al científico del cieno líquido.

No pensaba, no lograba balbucear sonidos articulados y sólo en la mente, muy fija, iba incubándose una idea obsesionante y enloquecedora: Odiar al profesor Harring con toda la pasión de que era capaz.

Vuelvo a invertir el ritmo de los sucesos para extrapolar en el terreno de lo que para mí eran negruras irrazonables. Anduve hasta la entrada de los vertederos. Me detuve junto a un purificador. El corazón me latía en las sienes, atropellado. Al fondo de la pared, en un hueco que medio velaba el instrumento empotrado, nació un punto luminoso. Un insignificante puntito de luz, tremolante como una llama. ¡Una partícula lumínica móvil y *viva*!

Se agrandó. Giró despacio al principio y aprisa después. Tomó forma hasta convertirse en una serie de espirales que giraban, giraban con vértigo demencial. Pude serenar mis sentidos y una parte de lo que veía, *sin ver*, se grabó en mi subconsciente.

Era una cajita diminuta. Blanca y brillante. Una especie de micropila transitorial. Irradiaba tanta luz que me produjo unas náuseas en nada parecidas a las estomacales. ¡Náuseas de cabeza! ¡Psíquicas! ¡Revulsión de la materia encefálica!

Había un bulto junto a la caja. Diré que parecía un *hombrecillo* de juguete... y creo que ésta es la verdad. Pequeño -no sobrepasaba los sesenta centímetros de estatura- muy pálido, cuyo detalle sobresaliente corría a cargo de la cabeza, que llevaba metida dentro de una escafandra octogonal, transparente, erizada de conexiones.

Vestía un equipo ligerísimo -pudimos comprobar que el material del tejido ofrecía fibras vegetales de tipo coriáceo- botas planas, guantes, y un cinturón ceñido en lo alto del pecho, igualmente iluminado por partículas lumínicas blancas, rojas, verdes, azules... ¡y negras!

Que nadie se asombre. Yo explico lo que vi. ¡Y vi *luz negra* a pesar del brillo cegador! Las espirales, los giros y aquella luminotecnia diabólica estallante en colores, describían remolinos a un tiempo. No sé si me desvanecí.

Los ojos humanos se mostraban impotentes para resistir la loca cascada de brillos y destellos, reflejos y fulgores. Si no perdí el sentido, poco bastó para ello. Igualmente, mi cerebro era incapaz de coordinar a un tiempo las *influencias* pseudomentales que se sucedían sin cesar, chocando con él.

Un hombrecillo y una caja minúscula. ¡He ahí *todo*! ¿Representaba esto el compendio da lo que llamábamos *ellos*? ¡Imposible! ¿Quién era el ser enclenque y mínimo? ¿Por qué rodeaba su pecho con un cinturón punteado de ascuas de luz? ¿Y la escafandra superpoblada de conexiones? ¿Y la enorme cabeza? ¿Y...?

No sé lo que sintieron Kragger, Forbes, Aurora Stanley y los demás. *De*

verdad, no sé ni lo que sentí yo mismo. Pero aún ahora, largo tiempo ha pasada la influencia, a veces me pregunto cómo no se perturbaron mis facultades mentales. ¡Qué espanto indescriptible, Dios Todopoderoso!

El hombrecillo parecía muerto. Se mantenía inmóvil. Yo hubiese dicho que ni respiraba siquiera. Sus ojillos malignos poseían la fijeza del vidrio. Acaso la materia globular difería de la nuestra. ¿Cuánto tiempo llevaba sometido al *dominio* de la cajita y el cinturón? No lo sé. ¡Por Cristo, no lo sé! ¡Jamás me he descubierto tan ignorante y frágil!

Entonces, como si llegase un *automensaje* cuya procedencia era mi propio cerebro, comencé a recibir un rosario de punzadas leves, agudas y rápidas, que ganaron en intensidad a medida que las *luces* giraban y giraban extraordinariamente. Lo sentía igual que si alguien lo grabase en mis órganos pensantes con ayuda de un mágico bisturí. Eran *cortes*, tajos sabios, incisiones en todos los sentidos. ¡Me sometían a una neuro-operación!

-Isótom 81... está... maldito... Maldito... Maldito... Maldito...

¿Cómo describir acertadamente mis emociones? Debo desistir y confesar mi impotencia. Algo siniestro *estrujaba* mi mente, masajeando la materia e imprimiéndole dolores que fijaban nuevas teorías. Wynne y yo, cuando estudiamos las estereofonías de los anteriormente atacados, ya averiguamos el contenido de las *órdenes*. Las víctimas murmuraban sin cesar durante el período de postración... ¡limitándose a repetir de viva voz el mandato que *fijaron* valiéndose del procedimiento que ahora asimilaba yo!

Si entonces hubiese podido coordinar mis recuerdos, me habría sido fácil establecer parangón entre lo que supimos gracias a las estereofonías y la impresión que yo recibía de continuo. Las palabras dejaron de ser espaciadas y se sucedieron frase tras frase.

-Seremos los culpables de un asesinato colectivo... La Planta Atómica sólo puede causarnos desgracias... El profesor Harring es un maníaco. Un maníaco... Un maníaco... Un maníaco...

La sangre corría por mis venas como un río de lava, impulsada por el corazón, que galopaba salvajemente. Sentía dolor en toda la cavidad craneana. También los músculos faciales me dolían terriblemente, acaso por la crispación mandibular que agarrotaba mi quijada, y las piernas, largo tiempo sometidas a temblores convulsos. Insisto en que éstos fueron *descubrimientos* posteriores. Yo, pobre terráqueo de débil contextura orgánica, me hallaba totalmente a merced de la arrolladora energía lumínica que generaba la cajita. ¡Una luz que alcanzaba a *desdoblar* la personalidad!

Poco a poco, a la vez que se iba operando en mí una *liberación* a tanta opresión y dolor, los girantes círculos de luz se desvanecieron y el

hombrecillo cabezón empezó a desaparecer, a volatilizarse... ¡*esfumándose*!

No estoy loco. Escribo este informe con plena consciencia de mis actos y estímulos. He señalado el término *esfumar* y creo que es el más apropiado entre todos los que conozco. Después supimos que todo se debía a un fenómeno científico, no óptico.

Un estudio llevado a la práctica con éxito y que aunaba la gravitación y los campos de la invisibilidad pura hasta lograr una perfecta *ocultación* de la *materia* al ojo humano. ¡Por eso no fueron vistos los invasores al atravesar Isótom 81! Lo que ocurrió con los atacados es que *tropezaron* en el mismo sector de la onda... ¡y tuvieron que ser influenciados para no revelar su presencia invisible, pero *material*!

Mi *caso* constituyó, por excepción, un acto de premeditado objetivo. Tuvieron que resolverse por la acción directa descargada contra el principal personaje de Isótom 81 al comprobar los peligros radiactivos que para *ellos* encerraba la Planta Atómica. ¡Una amarga experiencia para sus tejidos celulares! Las capas de radioisótopos fueron el origen de nuestra *victoria* sobre los intrusos siderales, aunque, también, el principio de la derrota suspendida en el espacio. Ya llegaremos a desembocar en la tragedia a su debido tiempo.

Me encontré *aliviado*, libre de dolores... ¡escapado de aquel martirio representado por luz, tensiones, choques cerebraicos y náuseas! Volvía a valerme de mis fuerzas... aunque no podía pensar como antes. Genéricamente seguía siendo Ray Anderson, director médico del Centro-hospital. Específicamente, concretando tal especificación en mi cerebro, era *un hombre nuevo*. ¡Los visitantes, gracias al fenómeno operado, volvían a tener *su* adepto incondicional!

Conmigo abandonaron la línea habitual de *influencia*. Quiero decir que, pese a tenerme sujeto a su mandato psíquico, variaron la sintomatología. Nadie podría confundirme, a primera vista, con un atacado de catalepsia irregular. Ahora bien, aunque yo actuase casi humanamente... ¡el odio enconado por el profesor Harring que *ellos* me inculcaron se despertaría cuando, como y donde conviniese!

Era un esclavo en el sentido más literal de la acepción. Un servidor fidelísimo de sus menores instrucciones. ¡El *ejecutante* del recurso que optaron por emplear cuando la premura les forzó *a terminar en seguida*! El factor tiempo nos jugó una mala pasada a todos.

Me tambaleé. Tuve que apoyar mis manos en el muro, para vencer el vahído. Paulatinamente, atontado, fui recobrando la normalidad y miré en torno. El purificador empotrado, la sólida pared de *tetravigón*, las cloacas a mi espalda, el murmullo del líquido arrastrando inmundicias deslizándose por el canal... ¡Estaba solo! ¡El hombrecillo del cinturón y la caja ya no existían! ¡Libre!

Eché a andar, tropezando. Llegué hasta la desembocadura y escuché los jadeos de mi respiración, ruidosa dentro del yelmo. ¿Libre? No recordaba nada. No sabía lo que pasó medio segundo antes. Volvía a nacer después de haber permanecido *muerto*.

Todo fue olvidado. ¿Por qué aparecía yo, de pronto, en las cloacas? La aventura de la Planta, el recorrido de los vertederos y hasta la fractura de Patton estaba relegado por completo. Ya lo expliqué. El mismo... pero transformado en un *hombre nuevo*.

Me dejé guiar por el instinto. Bueno... No era el instinto en realidad, sino la *obediencia psíquica* que seguía dominándome. Anduve de forma confusa. *Ellos* me dirigían. El autómata orgánico iniciaba la realización de un *mandato* incrustado en su mente. Me metí en un *reactor elevador* y pulsé el botón.

Allí, ascendiendo a la parte alta del subsuelo, traté de poner en orden mis huidizos pensamientos. Dolores neurálgicos me obligaron a desistir. *Sabía* que atravesaba un trance inverosímil, anormal, pero reconocí la impotencia por desasirme de la *opresión*. ¡Qué estúpido hubiese encontrado mi propio comportamiento en el caso de poder contemplarme!

Cuando alcancé la subsuperficíe *ellos* habían decidido ya adormecerme. No se trataba de un sueño corriente. Al contrario. Más bien un sopor artificial, desasosegado, interrumpido por intranquilidades y sobresaltos. *Parecido* al que experimentaban las personas internadas en el Centro-hospital durante los períodos de pasividad.

Había un empleado junto a la salida del *reactoelevador*. Me reconoció en seguida. No oí nada de lo que dijo y el hombre se descompuso a gritos.

-¡Doctor, doctor! ¿Dónde estaba metido? La señorita me preguntó si le vi salir y...

-¡Apártese! -gruñí, empujándole a un lado.

Me miró como quien ve visiones, y quedó atrás, inmerso en cábalas. Yo avanzaba a largas zancadas, buscando la obscuridad, como si temiese pasar bajo la profusa iluminación pseudosolar de las calles. ¿Era este comportamiento lógico en mí? No. *Ellos* me forzaban a actuar de acuerdo con sus dictados.

Igual que un malhechor, o un fugitivo, vagué por las más solitarias callejas de la ciudad subterránea. Desconocía el rumbo a seguir... pero una secreta fuerza me guiaba por tales lugares. Así, desorientado y obseso, me oculté en el desván de un almacén.

Para entrar tuve que forzar una ventana y me herí en la palma de la mano. El accidente permitió reconstruir, con posterioridad, mi vagabundeo semihipnótico.

Wynne me explicó luego que en aquel escondrijo permanecí toda la tarde y hasta primeras horas de la noche. No había ingerido alimento en

muchas horas, ni tampoco bebido. ¿Cómo lograban evitar tan perentorias necesidades físicas? No lo sé. Nunca lo sabré. Hay una infinidad de cosas que ignoré, ignoro e ignoraré siempre. En mi *Diario* sólo consta lo esencial. El resultado de la aventura vivida en Isótom 81. Yo me limito a reseñar la aventura.

Al despertarme, actué también bajo gobierno de sus órdenes. Abandoné el almacén por la ventana. Era de noche. Lo supe porque sólo brillaba en las calles la iluminación reglamentaria y en todo el camino no me crucé con ningún ser viviente. La Planta Atómica, los problemas de radiactividad y las posibles averiguaciones obtenidas por la Comisión respecto a los invasores me tenían sin cuidado. Encaminé los pasos al Centro-hospital... y no porque hubiese recobrado mi dominio psíquico. *Ellos* seguían mandando sobre el inocente mortal llamado Ray Anderson.

La razón de que me permitiesen volver a la institución clínica resultaba obvia. Yo debía desatar mi odio contra el profesor Harring... ¡y él se encontraba en mi despacho, aguardando! ¿Por qué? Fue a interesarse por el estado de Patton. Wynne y Marcia lo intervinieron quirúrgicamente en ausencia mía.

A todos preocupaba la inexplicada desaparición de mi persona. Los sanitarios de la *terreambulancia* se cansaron de buscarme por los alrededores de la *intertele* y ahora, misteriosamente, el *perdido* doctor Anderson regresaba al Centro-hospital.

Fui recibido con cierto alborozo por el vigilante nocturno, pero corté secamente sus expresiones del mismo modo que al empleado de las cloacas. Para evitar que algún otro conocido me viese, ocupé un *descensor* de uso privado y lo abandoné en la Sala Veinte, la más próxima a mi despacho. ¿Qué me movía a dirigirme allí?

Ellos. Siempre *ellos*. Valiéndose de algún medio que todavía no podíamos definir, me *ordenaban* comparecer inmediatamente en él. Antes de llegar, sin embargo, Marcia Randall vino a mi encuentro. He sabido que fue el vigilante quien la puso sobre aviso, y la joven, ansiosa y alarmada, corrió en mi busca nada más conocer la noticia. Los dos nos encontramos a mitad pasillo. Ella sonrió. Yo permanecí serio, herméticamente hosco y frío.

-¡Cuánto me alegra verle, doctor Anderson! -exclamó-. ¡Nos tenía muy inquietos!

-Gracias. Vaya a dormir.

Marcia acusó el golpe. ¡Pobre criatura! La dejé helada de estupor.

-Pero...

-¿No me ha oído? ¡Vaya a dormir!

-¿Le ocurre algo, doctor? Perdone mi insistencia... Yo diría que no se encuentra bien...

-¿Es todo lo que se le ocurre? ¡Aléjese de mi lado! ¡Necesito estar solo!

Se mordió los labios, rojos e incitadores. Un destello de lágrimas asomó a los bellísimos ojos negros. Inclinó la cabeza, humillada, pero alegó:

-Doctor, no he pretendido...

-¡Déjeme en paz!

Me encogí de hombros, adusto, y crucé por su lado, apartándola sin miramientos. Notaba una fiebre extraña dentro de mi cuerpo. Un frenesí que me *empujaba* violentamente hacia el despacho... ¡en busca de *mi* presa! Creo que debí avanzar en tromba, lo mismo que un paquidermo cegato y enfurecido. Un grito sofocado llegó de mi espalda.

-¡El profesor Harring le aguarda...!

Yo acababa de entrar y cerré la puerta con ruido. Sentía un cosquilleo enervante en las manos y la cólera más indescriptible me poseyó. Las luces de la habitación se hallaban encendidas... ¡y vi al profesor arrellanado en el sofá, que levantaba la cabeza para mirarme!

Todo me daba vueltas. Una niebla sangrienta enturbiaba mi razón. Partiendo del cerebro, y azotando sin piedad cada centro nervioso de mi cuerpo, percibí la seca orden interior: ¡*Mátalo*!

-¿Dónde ha pasado las últimas horas...? -empezó Harring, poniéndose en pie y mirándome con ojillos aquilinos.

Ya advertí que no recuerdo nada. Cuanto sé corresponde a las distintas versiones que pude recopilar días después y de cuya compaginación salió el relato que escribo ahora, porque desde que percibí él calorcillo en la nuca hasta que recuperé la facultad de razonar por mí mismo tuve la mente *en blanco*.

-¡Eh! ¿Qué le pasa? -chilló el profesor, intentando retroceder.

Sin duda la expresión de mi cara debía ser infernal. Yo era un criminal en potencia y dispuesto a cumplir el infame cometido. Sin previo aviso, me abalancé sobre él profiriendo un rugido bestial. Harring se zafó a medias del abrazo y derribó algunos adornos coquetonamente distribuidos por la mesa.

-¡Suélteme! ¡Suélteme, Anderson! ¿No está en sus cabales?

Nunca me he sentido tan fuerte, tan demoledor e *invencible*. Parecía que hubiese asimilado una droga prohibida llamada *fixofilina*[2]. Mis manos abiertas, duras como garfios, se cerraron en el cuello de Harring y le oprimieron por arriba de la nuez. Gurguritó y se revolvió frenéticamente, hasta caer al pie del escritorio.

-Auxi... lio... -gimió.

-¡Le mataré! -bramé apretando más y más-. ¡Es usted el único culpable de la perdición del espacio! ¡Antes de que cause más daño le arrancaré la vida sin clemencia!

Los ojos de Harring parecían a punto de escapar de las órbitas y la

epidermis de su cara se puso roja como la grana, hasta pasar a un color delatoramente violáceo. No le quedaban energías para desasirse. Entreabrió la boca y por ella añoró la lengua ¡amoratada... ¡Podía estrangularle con facilidad! ¡Podía y *debía* hacerlo!

-¡Se ha vuelto loco! -aulló Wynne a mi espalda.

-¡No le lastimen! -pidió, exasperada, Marcia-. ¡No es capaz de controlar sus actos porque actúa bajo *influencia psíquica*...!

Magnífica e inteligente muchacha Marcia Randall. A pesar de mis desprecios no quiso evitar ser benevolente y comprensiva conmigo. Yo no me percaté de que varios hombres acababan de irrumpir en el despacho capitaneados por el activo Wynne. La primera noticia que tuve de su presencia me la ofreció un brazo musculoso ceñido en torno a mi garganta. Luego, buscando aplicarme una *llave*, manos afanosas agarraron mis piernas.

Aseguran que les costó un trabajo ímprobo separarme de mi víctima y que ofrecí una resistencia enconada. Al fin, me tendieron en el suelo, inmovilizándome el tiempo suficiente para que Marcia me inyectase *Cloronarcotil* en dosis extra.

Yo no recuerdo nada. Parece reticencia, pero esta es la verdad. *Dicen* que fui un irascible criminal psíquico. A veces, con franqueza, hasta llego a dudar que haya sucedido.

CAPÍTULO V
SEPARACIÓN ASTEROIDAL

Levanté los párpados y la luz me cegó, obligando a que los cerrase de nuevo. Comprendí que debía dejar transcurrir algún tiempo antes de repetir el intento, y ello me concedió la oportunidad de meditar sobre mi situación.

Estaba en posición horizontal, acostado, tendido en un lecho... ¡y sujeto por correas que inmovilizaban mis miembros! ¿Por qué? ¿Qué diablos había hecho yo para merecer semejante trato? Aunque me esforzase, sería imposible mover ni un músculo, porque el sistema de plastocintas de sujeción viene a ser lo mismo que una *camisa de fuerza*, pero abarcando todo el cuerpo.

Buceé en la imaginación y rebusqué en el subconsciente. Ignorancia. Correspondía a otro, y no a mí, sacarme de dudas. Probé con mucho tiento a entreabrir los párpados. Ahora la luz me volvió a herir la hipersensible retina, pero conseguí soportar la impresión y clavé la mirada en el único panorama que me era factible contemplar: el inmenso techo gris.

-¿Está mejor, doctor?

Giré la cabeza tan rápidamente que crujieron varias de mis siete vértebras cervicales. ¡Aquella voz dulce y armoniosa! Una mano suave me acarició la frente y echó hacia atrás los mechones revueltos de cabellos.

-¡Marcia! -exclamé con alegría-. ¿Por qué me tienen prisionero aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo...?

Ella rió, soltando el chorro de su carcajada cristalina. Vi emoción en los grandes ojos y rubor en las mejillas. La mano que acariciaba los cabellos se posó, tierna, en mi hombro derecho.

-No puedo responder a todas las preguntas al mismo tiempo, doctor -replicó con dulzura-. Ya iré contándole lo sucedido gradualmente. Ahora, intente descansar. Lo necesita para reponerse por completo.

Sus palabras sonaban en mis oídos como una cantinela estúpida. Me pasé la lengua por los resecos labios y respiré profundamente.

-¿Tiene sed?

-Mucha -confesé-. Una sed espantosa, horrible... Pero lo que más me intriga es verme aquí, aferrado al lecho. ¡Oh, Marcia, no me haga sufrir! ¡Dígame algo!

-Ha padecido un principio de deshidratación por efectos de la *Dracomita*. Cuando se la aplicamos, había sudado mucho y seguramente llevaba dieciséis o más horas sin probar una gota de líquido. Fue necesario sujetarle -agregó- porque era usted un amasijo de nervios en tensión. Hasta llegamos a creer que el tratamiento por electrochoques resultaría inútil. Hoy se ha manifestado la primera reacción favorable.

-¿Ha dicho electrochoques? ¡Quiere volverme loco?

-Todo lo contrario, doctor. Queremos curarle. Ha estado muy enfermo después de intentar asesinar al profesor Harring...

-¿Eh? -mascullé-. ¡Dios bendito! ¿De veras no se trata de una broma pesada?

-En absoluto. Padeció usted *obediencia psíquica*. Creo que eso le ayudará a imaginar algunas cosas.

Enmudecí. Ella hablaba con seguridad. ¡Era *cierto*! ¡Yo, un criminal rabioso que intentó asesinar a la suprema autoridad de Isótom 81! Durante algunos minutos, Marcia siguió explicándome a grandes rasgos una serie de hechos que yo había ejecutado sin saberlo, acaso compadecida ante mi superlativo desconocimiento.

-¿Qué fue de Patton? -inquirí, al terminar el relato.

-Su pregunta demuestra que vuelve usted a te normalidad -sonrió-. Ya empieza a preocuparse por los demás. Le felicito por la mejoría. El señor Patton todavía sigue hospitalizado, pero se halla fuera de peligro. La *terreambulancia* que usted había pedido llegó a la Entrada 26-H-Sping y los sanitarios le encontraron tendido en el suelo, sollozando de dolor. Por más que le buscamos a usted nos fue imposible encontrarle. Yo me habría quedado allí; sin embargo, la embarazosa fractura de Patton requería asistencia inmediata. Tuve que regresar al Centro-hospital. El resto ya se lo he explicado, doctor.

-Hicieron bien. ¿Cómo se le ocurrió someterme a electrochoques?

-Idea de Wynne. Ensayó felizmente con la señora Stanley. Eso es lo que traté de decirle cuando telecomunicamos por el *intercom*. Se ha revelado como el *único* remedio eficaz contra los atacados y actualmente no existe ningún enfermo de *obediencia psíquica* en Isótom 81, También es verdad que no han vuelto a presentarse más casos.

-Así, pues... he sido el último trastornado.

-El último -afirmó-. Se diría que los *invasores* han optado por encerrarse en un prolongado compás de espera a resultas de los próximos acontecimientos. Quizá obedezca a que les vamos suprimiendo oportunidades de actuar.

-¿Habrán abandonado el planetoide?

-Imposible.

-¿Por qué? Del mismo modo que vinieron...

-No, doctor. Ya no podrán *marcharse*. Durante los días que usted ha permanecido postrado, descubrimos el *objeto*. Una interesante astronave...

Hubiese dado un salto de excitación... a no ser por las fortísimas plastocintas que me aprisionaban. ¡Menuda sorpresa! Ametrallé a mi ayudante con una granizada de ávidas preguntas, a las que ella se opuso amparándose en mi estado de evidente debilidad. Tuve que conformarme por el momento con lo que sabía, ya que Marcia se mantuvo irreductible.

Dos días después, una vez efectuadas las últimas *electropruebas* y en vista del resultado positivo, fui dado de alta por Wynne. No se me permitió ocuparme en seguida de la labor direccional y por ello dispuse de un corto período de asueto que empleé para reponerme, actualizar mi abandonado *Diario* y atesorar datos a fin de recuperar el tiempo perdido. Éstos son los más importantes.

La cura por electrochoques devolvió la ecuanimidad mental a Kragger, Forbes, la señora Stanley, Karl Bacon, Marco Laguna y Sparrell, evitando así la operación cerebral que nos hubiésemos visto obligados a practicarles para eliminar hasta el postrero vestigio de deformidad residual. Además, este sistema poseía la ventaja de no dañar ninguno de los centros rectores cerebrales.

La *enfermedad* estaba atajada y no progresó. Mi caso cerró el ciclo de anomalías y los invasores parecieron desistir de sus métodos para fomentar el movimiento antiatómico.

En la Planta reinaba la normalidad y los trabajos proseguían a ritmo creciente. Marcia y Wynne -¡qué reconocido les estoy por su eficiencia!- no abandonaron los experimentos sobre "Antirrad 603" y la droga de radiorresistencia duradera fue inyectada con éxito en especies cobayas de mayor tamaño. ¡La asimilación metabólica fue ideal y los efectos perfectamente *protectores*!

Hasta el momento, *resistían* incólumes verdaderas tormentas de radiactividad. Me dejaron el terreno allanado y sólo a falta de ensayar finalmente con seres humanos. ¡Si el doctor Bullan pudiese resucitar para gozar del merecido homenaje a sus desvelos!

El *objeto* fue descubierto -como ya anticipé- a unos treinta metros de un *pozo sin fondo*. Olvidé reseñar la ficha técnica en mi *Diario*, a pesar de que el bueno de Stanton me la facilitó, y por ello es imposible que lo describa meticulosamente.

Diré de él que era, por absurdo que parezca, una astronave cuyo perfeccionamiento llegaba a cumbres jamás alcanzadas por los espacioingenieros terrestres. No se parecía en nada a nuestros tipos modélicos de nave interplanetaria. Ni ahusado, ni esférico, ni cónico. La forma la recuerdo bien. ¡*Triangular*!

Puedo ofrecer, no obstante, algunos detalles breves. Por ejemplo, el material que reforzaba sus brillantes superficies no fue incluido por los científicos en la categoría de metálico. Estuvieron de acuerdo en admitir que su composición analítica debía relacionarse entre los minerales o mineraloides, ya que difería sensiblemente de lo que podríamos designar como *roca pura*.

Consistía en una materia endurecida cuyo elemento básico era carbono virgen, obtenida por procesos desconocidos hasta transformarla en un

inmenso bloque de dos toneladas, inmune a la fricción, al desgaste espacial y a las alteraciones de cualquier género. En realidad, por decirlo sin apelar a fórmulas... ¡un valiosísimo *diamante* de dos mil kilogramos de peso! ¡Y por añadidura, *tripulado* por seres extragalácticos!

La *espaciojoya* -como se le llamó a partir de entonces- se hallaba dividida en tres compartimentos. El vértice alojaba una complicadísima maquinaria electrónica capaz de proyectar rayos *disolventes* de analogía ignorada por la Tierra. No vaya a creerse que me dejo arrastrar por la imaginación. Aquellos rayos fueron los causantes del temblor que sacudió Isótom 81 al abrir el *cráter* en el casquete y facilitaron la introducción de la *espaciojoya* hasta las entrañas del subsuelo.

El segundo compartimento, o camareta, debió ser empleado para alojar a la tripulación. En ella cabían, sin apreturas, cuatro hombres. Carecía de oxigenación, lo que planteaba otro problema: ¿Qué gas respiraban los visitantes? ¿O es que no respiraban? Yo todavía no recordaba nada sobre el hombrecillo cabezón, aunque en mi subconsciente quedaron registradas estas primeras impresiones perceptoras, puesto que aún no me encontraba influenciado del todo por la onda *extracerebral*.

Cuando me sometí a magnetopsicoanálisis y alcancé a coordinar el caos existente en mi cabeza, me fue sencillo deducir que, en orden a su tamaño, podría fácilmente alojar, cuanto menos, el doble de esta cifra. ¿Eran *ocho* las pequeñas criaturas dotadas de cajita y cinturón lumínico las que desembarcaron en Isótom 81?

La tercera porción de la *espaciojoya*, acaso la más amplia de todas, correspondía a los medios de propulsión que dotaban al artilugio volante. Ello descartaba la teoría de un *lanzamiento* al planetoide autopropulsado (de ahí el temblor de las probetas del laboratorio) y dirigido por los visitantes. La apabullante realidad de este descubrimiento sirvió para persuadirnos de que su viaje espacial no tuvo nada de fortuito y sí mucho de intencionado.

Ahora, que ya sabemos sus propósitos, no cuesta trabajo admitir la importancia de su delicada misión. *Ellos* venían de otro mundo y trataron de evitar lo que en la Tierra se conocía por *Separación Asteroidal*. No contaron con un peligroso enemigo: la radiactividad. Éste fue el factor que desbarató sus planes y convirtió en fatalmente decisiva una actuación que acaso sólo pretendió alcanzar el grado de *mediadora*.

Durante los dos días de vacancia también repasé los apuntes del doctor Bullan y comparé, a la vista del Registro de Análisis, los progresos del laboratorio. Sí. La “Antirrad 603” estaba conseguida. Pediría un voluntario a Harring para experimentar sobre la *materia* su eficacia aislante y protectora.

Nada sabíamos a la sazón de los invasores. No habían vuelto a

manifestarse por ningún concepto. Nadie en Isótom 81 tuvo noticias de ellos; ni siquiera las patrullas militares que recorrían día y noche todos los lugares en busca del menor indicio.

Pero *ellos* seguían en el planetoide. Dispuestos s cumplir su labor. Esta vez no deseo anticipar nada hasta su momento adecuado. Antes relataré la conversación que el profesor Harring y yo mantuvimos cierta tarde en mi despacho. Fue una revelación a *puerta cerrada*. El diálogo más substancioso de cuantos tuvimos desde mi llegada al nuevo destino al otro lado de Marte.

Yo me encontraba fuerte, y no tardé en recuperarme física y moralmente. Había vivido una aventura insólita, un trance por el que muy pocos mortales pasarán alguna vez. Por fortuna, Dios permitió que lo superase y me hallaba recobrado en todos sentidos. Mi deambuleo, gracias a la herida de la mano y demás detalles que contribuyeron a reflejar la trayectoria seguida, fue prolijamente reconstruido y ya lo dejé señalado en el episodio anterior.

Me hice cargo de nuevo de la dirección del Centro-hospital, reanudando las visitas, la tarea inspectora y el no siempre reconocido trasiego administrativo. Por aquel tiempo fue dado de alta Vico Barttoli, el *activador* de la Planta a quien rescaté del Pozo Residual B. Estaba curado de sus quemaduras radiactivas y volvió al trabajo. Recuerdo su agradecimiento cuando vino a despedirse de mí.

Las alteraciones motivadas por los *invasores* nos parecían relegadas al pasado en atención a la normalidad constante que ahora imperaba en Isótom 81. La primera indicación relativa a que el pasado recobraba actualidad partió de una mujer, una tal Rosa Makille, que afirmó con rotunda energía haber descubierto un *robot* cristalino mientras atendía el cometido propio de su empleo. ¡Un robot cristalino!

Nos sumió en ese estado de incredulidad del que, no obstante, parece esperarse concluyentes verdades.

Rosa Makille actuaba de *supervisora* en un observatorio espaciometereológico de superficie. Tenía bien probada su capacidad y una hoja de servicios tan limpia como para no atreverse a insinuar que podía tratarse de un espejismo visual. Los científicos de la Comisión -convertida por fuerza en un organismo perenne- estudiaron la revelación... y lo de *cristalino* les indujo a relacionarlo con el material superduro y antifriccional que recubría la maravillosa *espaciojoya*. Esta deducción volvió a poner en el candelero el tema de los visitantes.

No me extiendo en ello. Volveré a insistir sobre el *cristalorrobot* más adelante, cuando haga referencia a la batalla. En realidad, atravesábamos un momento crucial en la historia de Isótom 81. Los acontecimientos iban a precipitarse en cuestión de horas como arrojados desde lo alto de una

cascada salvaje y violenta. Se aproximaba el *fin*.

Aquella misma tarde me anunciaron por el *intercom*, que el profesor Harring acudía a mi despacho. No había vuelto a verle desde que le tuve aferrado por el cuello y en trance de muerte. Me sentí turbado... pero acudí a franquearle la entrada nada más pulsar el *avisador*.

-¿Puedo pasar? -preguntó.

-Naturalmente. Hágame ese honor.

-¿Me considero *seguro* o debo pedir socorro, doctor Anderson? -vibraba cierta mofa en su acento-. Es usted muy peligroso cuando le da por estallar en efusiones.

-Le ruego perdone lo ocurrido. Ya le habrán dicho que...

-Sí. Usted actuaba *por cuenta ajena*. Lo sé. De todas formas, no negaré que me dio un buen susto.

-Lo he lamentado desde que supe la verdad. Precisamente tenía intención de visitarle y ofrecerle mis excusas. El trabajo me ha retenido en el Centro-hospital...

-Lo comprendo. Bien, doctor. Lo dije en son de broma. Aunque usted crea que soy insensible, también poseo mis destellos de humor.

-Nunca he creído en su insensibilidad.

-*Nunca* lo ha dicho; pero quizá lo ha pensado.

-Acomódese a su gusto. Esto aparece un poco revuelto. Me anunciaron su visita cuando ordenaba unos datos...

-¿Qué es? -señaló, indicando mi cuaderno.

-¡Oh, tonterías! Una especie de *Diario*. No tiene importancia.

-Muy instructivo... y sentimental -sonrió-. Anota lo que ocurre cada día. Los psicoanalistas dicen que es propio de personas temerosas.

-No lo sabía. ¿Le apetece beber algo? Avisaré para...

-No. Fumaré un cigarrillo... si no le importa.

-En absoluto.

Extrajo un pitillo largo y fino, encendiéndolo. Yo le aproximé un *consumidor* donde podría sacudir la ceniza y eliminar la colilla al terminar. Fumar es un vicio del que me veo libre. Pero no tengo nada que oponer a la práctica del mismo que hacen los demás. Aspiró una bocanada y luego, indiferente, comentó:

-Curiosa manía la suya, Anderson. Nunca lo hubiese creído. ¿Permite que le eche un vistazo? Quizá diga cosas horribles de mí.

Le alargué el cuaderno, que él hojeó sin detenerse a leer más de medio minuto seguido. Algunas frases debieron hacerle gracia, porque le vi sonreír. Yo estaba rojo hasta la raíz de los cabellos; pero no me opuse a su capricho. Todavía continuaba avergonzándome su sola presencia y el recuerdo de haberle tenido al borde del estrangulamiento.

-Algún día se lo pediré prestado -dijo al devolvérmelo-. Debe ser

interesante. Observo que ha omitido un dato de los últimos acontecimientos.

-¿De veras?

-No hace mención al *cristalorrobot*.

-Tiene razón. Sólo anoto los sucesos que merecen la calificación de importantes.

-¿No es importante lo que asegura la señorita Makille?

-Hasta el momento, no. Esperaré a que surjan otros testimonios.

-Usted no cambia. Tiene un credo de conducta inalterable. La afirmación de una sola persona no es suficiente... igual que ocurrió cuando se manifestó el primer caso de *obediencia psíquica*. A pesar de que fue por partida doble. ¿Y si yo le dijese que ella está en lo cierto? Que hay un *robot* cristalino pululando por la ciudad.

-Tendría que creerlo.

Fumó el pitillo, despacio. Entonces comprendí que perseguía alguna finalidad especial al visitarme. No acudió sólo para cerciorarse de que estaba curado. Por ello, inocentemente, agregué:

-Supongo que también lo habrá visto. Es más difícil que dos personas sufran la misma clase de alucinación.

-No; no lo he visto -refutó-. Mis subordinados y la milicia lo buscan sin descanso. Hasta el presente, la afirmación de Rosa Makille es cuanto hemos sacado en claro. Indagamos sin cesar, pero no obtenemos otra clase de información fidedigna. He pensado en usted. Con franqueza, creo que podría ayudarme.

-Sabe que estoy a su disposición... si me indica el medio de servirle.

-Wynne me dijo que el tratamiento por electrochoques tiene la propiedad de devolver a la mente sus cualidades intrínsecas. Como si jamás hubiese existido alteración.

-¿Y bien?

-La memoria no queda dañada, sino temporalmente *resentida*... de modo que es posible recordar hechos pasados.

-Cierto. Con el tiempo, así sucede. Mas estoy muy débil todavía para recuerdos. Yo mismo me he impuesto la tarea de ir recopilando detalles, ejecutando una especie de gimnasia mental. Quizá los anteriormente atacados...

-Les he interrogado por separado y en colectividad. Sus declaraciones no poseen el menor valor informativo. Es lógico. Ellos debieron ser sumidos en la *obediencia psíquica* de forma rutinaria, sin pormenorizar. Los ataques de violencia, postración y sueño les sobrevinieron a todos por igual, sin variaciones. Sabido un caso, se sabían los demás. No olvide que cuando se excitaban, *cualquier* persona podía ser objeto de su agresión. El de usted, particularmente, ofrece ciertas discrepancias en tal sentido.

-¿También se lo ha dicho Wynne?

-Me he molestado en estudiar la ficha clínica desde los comienzos. Le permitieron seguir actuando de forma casi natural, y *destacaron* selectivamente a la persona que debía atacar, guiándole hasta ella. Es decir, a mí mismo. Esto nos ha hecho suponer a todos que ejercieron un proceso meticuloso sobre su cerebro. Distinto. Cuidado. Invirtieron más tiempo en ello, quizá... y usted tal vez recuerde detalles que para los demás pasaron inadvertidos.

-Lo lamento. Aún estoy en tinieblas en muchos aspectos. Prometo avisarle al primer síntoma de...

-¿Seguro que no recuerda nada?

-Sólo lo que me han contado mis ayudantes. Conozco los efectos básicos del electrochoque. A veces tardan en manifestarse, pero son infalibles. Mi subconsciente revelará cuantas impresiones guarda. ¿Por qué espera salir de dudas conmigo? Dudo que fuese un *robot* quien me convirtió en aquel sujeto peligroso que se abalanzó sobre usted.

-Me preocupa la finalidad de los invasores. No acierto a comprender su objetivo... o es que me resisto a admitirlo por descabellado.

-¿No cree que la ayuda más eficaz la conseguirá aplicando sus propios conocimientos secretos?

-No le entiendo.

-*Separación Asteroidal* -murmuré-. Usted esgrime la llave que puede abrir la puerta del misterio.

Harring había fumado más de la mitad del cigarrillo. Dio una profunda chupada, aspiró el perfumado humo y dejó caer el resto en el orificio del *consumidor*. Sus ojos agudos se clavaron en los míos. Leí en ellos extrañeza... y temor.

-Quizá tenga razón.

-Seguro -agregué-. ¿Por qué se interesaron en eliminarle *precisamente* a usted? ¿Han realizado un viaje espacial, acaso de larga duración, sólo para atentar contra una persona determinada? No -proseguí-. Es el *Proyecto S.A.* lo que pretenden anular. Usted me aseguró que la Planta Atómica jamás dejará la tarea. Que todos los miembros principales se hallan aunados por un juramento. De acuerdo. Pero... ¿saben los demás qué significa *Separación Asteroidal*?

-Nadie, excepto yo.

-Ahí tenemos la mejor respuesta. Le brindo una solución.

-Ya sé -contestó Harring-. Que le haga partícipe del secreto. Vuelve usted a la insistencia de antaño.

-¿Y por qué no? Antaño vivíamos tan ciegos como ahora. Admítalo, profesor. ¿Por qué se obstina en engañarse a sí mismo? ¡Atrévase a negar que ignora lo que persiguen los *invasores*! Si lo hace, gritaré con todas mis

fuerzas: ¡Falso, profesor Harring!

No replicó. Había cruzado las manos, entrelazando los dedos, y contemplaba pensativamente las tenues volutas de humo que escapaban por el filtro del consumidor.

-Usted sabe *la verdad* desde el primer instante -continué-. Ha creado un mito en torno para no inquietar a la población. Pero usted sabe perfectamente lo que les trajo a Isótom 81. Acaso lo averiguó el mismo día que nos sacudió el temblor.

-No -repuso lentamente-. Entonces creí que la causa del choque fue un meteorito. Para ser más exacto... un pequeño asteroide desplazado de su órbita.

-¿Ha dicho *desplazado*?

Afirmó con la cabeza. Sentí que todo mi cuerpo se ponía tenso y presentí la inminencia de algo sorpresivo.

-Debió decir *escapado* de su órbita -puntualicé-. A menos... que se refiera a algún fenómeno relacionado con la Planta Atómica.

-Es usted muy perspicaz.

-Comprendo -sonreí-. Al producirse lo que creímos colisión astral, usted pensó en seguida en un asteroide. Empiezo a vislumbrar cierta conexión entre su creencia... ¡y el Proyecto llamado *Separación Asteroidal*! Al fin y al cabo, desplazar es sinónimo de *separar*. ¿Me equivoco?

-¿Ganaría mucho sabiéndolo?

-Mucho.

-Debía reprenderle por cuanto acaba de decir.

-Desplazar asteroides -añadí-. ¡Qué estúpido fui al no deducirlo en seguida! ¡Para ello necesitan la tremenda energía atómica que produce la Planta!

-¡Cállese! -se encrespó.

-De acuerdo, profesor Harring. Veo que han terminado sus destellos de buen humor. Vuelve a ser el jefe supremo de la Colonia. Ande. Suelte su frase favorita. ¡Diga que no es de mi incumbencia!

Acababa de meterle en un atolladero. Yo, un simple médico, descubrí deductivamente una mínima parte de la verdad. Ciertamente... ¿sería aquél el tan ansiado enigma que nos intrigaba? Separar, desplazar, apartar, empujar... ¡Qué emoción me producía la repetición de estas vulgares palabras!

Energía atómica aplicada al espacio... ¡para *barrer* los asteroides! ¡Por eso se nos llamaba culpables de un asesinato colectivo!

El profesor se pasó una mano por el rostro, apesadumbrado. Pareció envejecer, de golpe, varios años seguidos. El color ceniciento de su cara aumentó y capté en el frunce de sus labios un vestigio de desfallecimiento.

La punzante afirmación debió conmocionarle. ¡Derribaba de un soplo

su intención de perseverar en el secreto! Temí que adoptase medidas de represalia. Pero estaba equivocado. Harring -como ya dije una vez- necesitaba un *confesor*. Alguien con quien compartir la abrumadora carga de su responsabilidad.

-Estuve varios días proyectando un *canal de empuje* sobre la zona de guijarros astrales -musitó con voz ronca-. Tenía puestas mis esperanzas en el experimento, ya que era el primero que dirigía prácticamente desde que la Planta quedó instalada y comenzamos la *acumulación termonuclear*. Si mi informe era positivo, me convertiría en el hombre más admirado del Sistema Solar.

-Estoy escuchándole, profesor -advertí-. ¿No teme revelar el supersecreto de Isótom 81?

-Liberando una ínfima parte de la energía almacenada en el núcleo atómico, el *canal* adquiría la propiedad de destruir las órbitas gravitoriales que permiten *flotar* en el espacio a los asteroides -completó sordo a mi advertencia-. Era un ensayo. Dirigí personalmente el emplazamiento del *Cosmoatom* y bombardeé un asteroide deshabitado. No volví a verlo gravitar en el Gran Cielo a pesar de que efectué media docena de exploraciones espaciales. ¡Un éxito, doctor Anderson! ¡El *Cosmoatom* conseguiría abrir el camino libre de obstáculos que la Tierra desea más allá de Marte!

-¿Es éste el fundamento del *Proyecto S.A.*?

-Sí. Rutas del espacio dilatadas, amplitud para las astronaves y un trayecto rectilíneo que enlace la Tierra, Marte y Júpiter. ¡Sin asteroides mortales para la navegación interplanetaria!

-Pero eso... ¡eso es canallesco, profesor! Miles de esos asteroides están habitados. ¡Destruyendo los pequeños mundos, perecerían millones y millones de criaturas vivas!

-Razas inferiores -despreció-. ¿Cuándo dejará de opinar como un médico vulgar? El vasto cinturón de asteroides es una *barrera* extendida entre Marte y Júpiter. Nos ahoga. Impide el desarrollo sin límites. La expansión absoluta. La conquista total del Universo y su dominio. Nadie podrá construir jamás una Superplanta Atómica como la que un grupo de científicos terráqueos ha instalado en Isótom 81. El fin perseguido bien merece este dispendio de años, vitalidad y capitales invertidos. ¡Ahora ya podemos proclamarnos los dueños del Cosmos! ¡Poseemos la fuerza que borra del espacio a los mundos *sobrantes*!

-¡Qué pocas palabras han bastado para explicar la verdad! Comprendo ahora por qué el *Proyecto* era impopular entre la gran masa política de la Tierra. El profesor Albert Yost lo sabía. Y quizá también el doctor Taskaldew. Ambos se negaron a decírmelo porque intuían que yo jamás prestaría mi colaboración a una empresa tan inmunda. Sí, profesor Harring.

¡Es despreciable *su verdad*!

-Usted es incapaz de concebir en toda su magnitud la sublime grandeza de este propósito. ¡Rutas infinitas para el comercio, la colonización y la conquista!

-A costa de una matanza incalificable. ¡Me horrorizo!

-¿Se horrorizaría también si aplastase mil millones de hormigas? No. Los insectos no cuentan en la Historia de la Humanidad. Las razas que pueblan el *reino de los guijarros* son monstruosas deformidades de la materia viva, entes tarados, espectros mutativos que repugnan... ¡humanoides y pseudocriaturas! Hormigas, para decirlo más claro. ¿No se ha interesado nunca por la biología extragaláctica? Manifestaciones representadas por toda la fealdad e invalidez constituyen sus ejemplos típicos. ¿Cree usted que valdría la pena sentir clemencia por una sociedad ciega, sordomuda y mutilada en sus miembros?

-Tienen derecho a la vida, puesto que fueron creados.

-No fueron *creados*. Es tema discutible y en el que usted no se encuentra capacitado. Pero le aseguro que he estudiado a fondo sus orígenes fisiológicos. Carecen de genética de vida. Han nacido gracias a una serie de factores que acabaron dotándoles de movimiento. Pero nada más. No hallaría en su cerebro más materia gris que en el de un molusco, pongo por ejemplo. Suponiendo que lo tuviese, claro.

-Eso está al margen, profesor. Al margen, incluso, de las atribuciones del Hombre como *verdugo del Espacio*. Por esta razón *ellos* vinieron a Isótom 81. ¡Para evitar la *masacre*!

-Un punto en el que no concordamos.

-¿Por qué?

-Piense en el ejemplo del molusco o el de las hormigas. ¿Es posible que simples bichejos construyan un ingenio como la *espaciojoya* y logren alteraciones mentales de la categoría de su *obediencia psíquica*?

-Pues...

-Descártelo.

-La evidencia...

-Los visitantes... *no proceden de ningún asteroide*. Ahí es donde me duele, Anderson. Yo sabía el motivo que *podía* impulsarles a invadirnos. Pero esperaba que su reciente experiencia me proporcionase algún resquicio por el que filtrar mi sonda de hipótesis. Tiene usted razón en lo que dijo. Desde que se produjo el temblor me asaltan terribles pensamientos. Al principio, me encariñé con la idea de que el *Cosmoatom* había desplazado otro asteroide además del elegido y que éste, al romper los lazos gravitoriales, se precipitó contra Isótom 81 atraído por su mayor volumen. Equivalía a un doble éxito del experimento. Sólo cuando la Comisión Investigadora se halló impotente ante el *cráter* sin residuos,

comenzaron mis profundos quebraderos de cabeza.

-Entonces... ¿no tiene formada una idea sobre la procedencia de los *invasores*?

-No la tengo, Anderson. Eso es lo terrible. ¿Quiénes son? No han venido de los asteroides, porque sobre ello no cabe error. Han de venir de más cerca... o *de más lejos*. ¿De dónde? ¡Esfuércese en recordar, por favor! ¡Usted puede darme la solución!

-Lamento no poder servirle.

-¿No siquiera ahora que conoce todo el valor de *Separación Asteroidal*?

-Ni ahora, profesor. Pero estoy seguro de una cosa: *Ellos* tratarán de impedir que el *Cosmoatom* vuelva a proyectar *canales de empuje*. Saben que representaría el fin de los asteroides tan bien como usted y como yo. La supresión de la gravedad precipitaría en la *nada* a los astros que pueblan este sector espacial o haría que chocasen entre sí, destruyéndose. Sus habitantes, esas razas inferiores a que usted alude, quedarían exterminadas. ¡No lo permitirán!

Harring frunció las cejas. Seguía abatido. La *confesión* no bastó para descargar su ánimo de preocupaciones, pero había servido, en cambio, para informarme de la realidad más monstruosa que cabía esperar de la Tierra, el propagandísticamente llamado *planeta padre*.

-No divulgue nunca lque acaba de oír -dijo- Se lo ordeno.

-Descanse.

-Sé que es usted una persona inteligente, doctor. Tanto o más que Bullan. Acabará comprendiendo que la *Separación Asteroidal* es una ineludible necesidad para el expansionismo terrícola.

-Quizá lo comprenda, aunque posiblemente no perdonaré. Me es imposible odiar a los *invasores* a pesar de todo. El tiempo ha venido a confirmar uno de mis temores, porque no asistimos a un ataque sino a una defensa. ¡osotros fuimos los agresores, mal que nos pese!

La mirada de Harring relampagueó y se hizo fiera. La Medicina y la Ciencia, como él dijo, no siempre llegaban a coordinar un entendimiento perfecto. Adiviné que iba a replicarme en tono distinto, acaso airado.

Fue entonces cuando sonó el *avisador*. É y yo nos miramos a la cara, alarmados. Asintió despacio y di autorización para pasar.

Era Wynne. Un Wynne excitado, nervioso, distinto al hombre sereno y frío que yo conocía.

-Disculpen la interrupción -se excusó-. Acaba de llegar el capitán Benton, requiriendo su inmediata presencia, profesor. ¡El *cristalorrobot* se encuentra en la ciudad!

Harring se puso en pie de un salto. Yo le imité instintivamente. ¡No daba crédito a lo que oía!

-Gracias, Wynne -dijo-. Acudo en seguida.

Hice intención de moverme, pero Harring atajó mi movimiento con un ademán brusco.

-Quédese. Esto es cosa del ejército. Rosa Makille no se equivocó... y presiento que habrá lucha.

-Quizá necesiten los servicios médicos.

-En tal caso le llamaremos... cuando corresponda -anduvo hasta la puerta y antes de salir, ordenó-: Ni media palabra de cuanto hemos hablado, Anderson. A nadie. Sigue siendo asunto secreto.

-Conforme -contesté.

Salió del despacho dejándonos a Wynne y a mí cara a cara. Ninguno de los dos sabíamos qué decir. ¡Estábamos aterrados por la noticia! ¡El *robot cristalino*, localizado en la ciudad subterránea! Yo estaba decidido a mantener la promesa que hice al profesor. No revelaría a nadie cuanto sabía sobre *Separación Asteroidal*... pero eso no impediría que lo reseñase en mi *Diario* de temeroso sentimental. Algún día... podía serme tan útil como un documento histórico.

-¿Qué hemos de hacer, doctor? -preguntó, al fin, mi ayudante-. Me siento confuso.

-Ya puede suponerlo -repliqué-. Esperar a que le llamen no es la conducta propia de un médico en tales ocasiones. ¡Prepare una *terreambulancia* con equipo quirúrgico! ¡Vamos a participar en la lucha contra el *cristalorrobot*!

CAPÍTULO VI
El “ROBOT” DE DIAMANTE

Marcia no me acompañó en esta ocasión. La rapidez con que efectuamos los preparativos impidió que la informase de lo ocurrido, porque ella se encontraba en el consultorio general para la población civil, y yo decidí no perder tiempo.

La *terreambulancia* con equipo quirúrgico aguardaba cerca de la *planirrampa* de salida, con dos sanitarios y el propio Wynne a bordo. Me instalé junto al conductor, di la orden de marcha y partimos del Centro-hospital acompañados por el pavoroso mugido de la señal acústica.

Todavía ignorábamos la dirección exacta de la carrera, ya que el capitán Benton omitió indicar a Wynne el lugar donde fue localizado el robot y tampoco Harring hizo mención a ello. Pero yo confiaba en que no nos faltarían ocasiones de saberlo durante el recorrido, puesto que cualquier intervención del ejército produce siempre enorme revuelo a su alrededor y éste bastaría para guiarnos.

Avanzábamos a una velocidad endiablada, sembrando la alarma entre los habitantes de la activa ciudad subterránea, que apenas alcanzaban a contemplar nuestro fugaz paso. El conductor era un experto en el oficio y creo que el hecho de llevarme sentado a su lado le impelía a demostrar ampliamente sus aptitudes.

El tránsito rodado se hizo escaso a medida que nos adentrábamos en las arterias principales y fue precisamente en la más importante de todas, la ancha y recta Avenida de la Tierra, donde alcancé a ver el vehículo militar que nos precedía. ¡Un *turbocarro* ocupado por soldados y armas portátiles de tiro rápido!

-¡Sígale! -ordené-. ¡Llevamos su camino!

El vertiginoso bólido también esparcía al aire los bramidos potentes de su señal acústica de preferencia y tuvimos que *pisar a fondo* para mantenernos en contacto con su trasera, de cuyas turbinas escapaban largos chorros fogueantes. Al parecer, la dirección aproximada era la Plaza de Venus y poco antes de llegar ya alcanzamos a descubrir los síntomas inequívocos adoptados por la milicia.

Una amplia zona había sido acotada y despejada de público. Un cordón de soldados aislaba el sector de la masa de curiosos apiñados en las bocacalles que daban a Venus Square, y se esforzaban en mantener enérgicamente el orden. El *turbocarro* y la *terreambulancia* llegaron a la plaza con la diferencia de medio minuto.

Allí, la actividad era mucho mayor. Tropas de asalto y armamento vario se distribuían por todos los lugares imaginables. Reinaba una excitación febril. Alcancé a descubrir unos veinte vehículos aparcados junto a las

aceras, casi todos de traslado de fuerzas. Parecía haberse concentrado, en peso, la guarnición entera del espaciocuartel. Los hombres equipados para el combate que constituían el *control*, dejaron paso libre a la *terreambulancia*, sin duda creyendo que había sido solicitada por el profesor Harring.

-Colóquese en este lado -ordené-. ¡Hay un hueco!

Un viraje perfecto nos situó pegados a una batería móvil de lanzacohetes. Salté al suelo y Wynne, que acababa de imitarme empleando la salida posterior, vino a mi encuentro.

-Creo que la cosa va en serio -comentó.

-Eso supongo, a juzgar por el aparato de fuerza.

-Y todo por un *robot de cristal*.

-¿Le parece poco? ¡Sólo pido que no esté dotado con la misma clase de rayos que la *espaciojoya*! ¡Destruiría media ciudad antes de que lo redujesen a fragmentos!

Era algo en lo que, sin duda, Wynne no había pensado. Recorrí los alrededores con los ojos, sintiéndome contagiado del ambiente y la emoción. Un piquete de tiradores atómicos guardaba las cercanías del *Isótom Building*, el más grande, sólido y valioso del planetoide. He señalado valioso por una razón. Los miles de toneladas de alimentos preparados que necesitaba la Colonia terráquea para subsistir... ¡se hallaban almacenados allí! ¡Era nuestra monumental *despensa*, sin la cual pereceríamos irremisiblemente!

En la puerta principal no había nadie. Es decir, que la milicia se esparcía por la plaza y las proximidades del *Isótom Building*. Todos parecían alertas, aguardando la orden de entrar en acción. Un teniente, alto y gallardo, caminaba en nuestra dirección. Comprendí que venía a averiguar la razón de mi presencia en una zona sólo ocupada por vehículos oficiales, bélicos y personal militar. Me saludó con respeto, llevándose la diestra al yelmo protector.

-Perdone, doctor. ¿Tiene la bondad de mostrarme su permiso?

-¿Lo lleva usted, Wynne? -pregunté afectando naturalidad.

-Yo... esto... -mi ayudante puso cara de susto-. Temo que...

-No lo han traído -observó el teniente.

-Habrá quedado en mi despacho -agregué-. El profesor Harring y yo estábamos hablando cuando apareció el capitán Benton anunciando que el *robot* había sido acorralado. Un descuido lógico, motivado por la prisa. No tiene importancia, ¿verdad?

-La tiene. El mismo profesor Harring ha *prohibido* que se mezclen extraños en la operación.

-Yo no soy un extraño, teniente.

-Lo es... en este terreno, doctor Anderson. Les ruego abandonen la

plaza de Venus *inmediatamente*.

-¡No diga tonterías!

-Si se resiste, me obligarán a tomar una determinación.

-¿Quiere usted que le sancionen?

-No.

-¿Dónde está el profesor Harring? ¡Llévame en seguida a su presencia!

-Lo siento. Ya que se niegan a obedecerme por las buenas, voy a...

-¿Preguntaba usted por mí, Anderson?

Me volví rápido, como picado por una avispa venenosa de Saturno. ¡Harring en persona se hallaba a mi lado! Vi su rostro austero, desprovisto de cordialidad, que nos asaeteaba a Wynne y a mí sin concesiones. Me resigné *in mente* a recibir la filípica más enérgica de mi vida. El teniente se cuadró, quedando rígido como un huso y en actitud de saludo.

-Descanse -dijo Harring-. Vaya a su puesto. El doctor puede quedarse... a pesar del olvido.

Dejé escapar un suspiro, que fue coreado por Wynne. Los sanitarios y el conductor, que asistieron a la escena desde la *terreambulancia*, cruzaron entre sí miradas tranquilizadoras.

-Gracias, profesor -murmuré-. El teniente aspira al grado de capitán y se excede en el cometido para lograrlo.

-Está cumpliendo con su deber... cosa que no puedo decir de otras personas. ¿Le ordené que se quedase en el Centro-hospital?

-Creo que sí. Pero la tentación fue demasiado grande para resistirla. Cuando vea al *cristalorrobot* podré anotarlo en el *Diario* como hecho importante.

-¡Usted y su dichoso cuaderno merecen un escarmiento! No es ésta la primera vez que desobedece mis órdenes, Anderson. Recuerde que yo gobierno Isótom 81.

-¿Por qué se opuso a que le acompañase? No hago mal a nadie con ello. Al contrario. Dentro del vehículo hay un quirófano que prestará inestimables servicios si llega el caso.

-Aunque no lo crea... lo hice por su propia seguridad. Esto no va a ser un juego, sino una caza arriesgada. Eche una mirada en torno. He congregado a casi toda la fuerza militar de que disponemos... y quizá nos sea imposible desalojarlo del *Building*.

-También yo he pensado en los rayos y en sus terribles efectos. ¿Se encuentra dentro?

-Sí. Varias personas le vieron entrar. Aguardo las noticias del pelotón de exploración.

Mostró el *transitorreceptor* que ocultaba en la palma de la mano y yo comprendí que permanecía en contacto directo con el referido pelotón. Ante mi interés, sus hoscas maneras se dulcificaron.

-¿Alguna información hasta ahora? -inquirí.

-Están registrando el edificio.

-¿Cómo es el *robot*? ¿Lo ha visto?

-Muy grande. Todo de vidrio. Es decir, de carbono puro... ¡*de diamante*!

-¡Dios! -susurré-. ¡Igual que la *espaciojoya*!

-Sí. Temo que nos dará guerra. Rosa Makille acertó en lo de *cristalino*. Sin embargo...

-¡Llamada al profesor Harring! ¡Llamada al profesor Harring! -canturreó una vocecilla surgiendo del *transitorreceptor*-. Habla el pelotón explorador.

-Adelante, Benton -autorizó Harring, olvidándome-. Le escucho.

-¡Hemos descubierto huellas de su paso!

-¿Cómo fue eso^

-Derribó un congelador de fermentos vegetales. ¡Esperamos tropezamos con él de un momento a otro! ¿Sigue todo bien ahí afuera?

-Sin novedad. Empújenlo hasta la puerta y aquí lo atraparemos.

-Sí, profesor. ¡Vamos a hacerle correr!

-Buena suerte, Benton.

El filamento se apagó, evidenciando que quedaba interrumpida la emisión. Harring se volvió hacia mí.

-Ya lo ha oído. Deben marcharse, Anderson. Si Benton le obliga a salir, toda la plaza se convertirá en un volcán de fuego y metralla. ¡Esto es cosa del ejército!

-Sin duda -admití-. Creo que nunca le he pedido ningún favor determinado. Es la ocasión de...

-¡Llamada al profesor Harring! ¡Llamada al prof...!

-¡Hable, Benton! -atajó él-. ¡Permanezco a la escucha!

-¡Ya lo tenemos! ¡Se ha refugiado en una nave de la primera planta y parece dispuesto a mostrar las uñas! ¡Le enviaré una descarga de aviso!

-¡Apunte con cuidado... y no olvide mantenerme al corriente!

La aventura comenzaba a ponerse incandescente. Harring me volvió la espalda, renunciando a seguir la discusión en un momento tan tenso como aquél, y alzó la vista hasta el primer piso. Yo hice lo propio.

No se trataba de un simple primer piso, sino de *toda una manzana* enclavada diez metros encima de la calle. La impresionante arquitectura del *Isótom Building* lo parecía aún más en contraste con los restantes edificios de la Plaza deVenus. Una mole rectilínea de piedra y material de construcción extrasólido.

Sabía lo que esperaba el profesor, porque todos nosotros aguardábamos lo mismo. ¡Al fin, llegó la descarga anunciada por Benton! ¡Una hilera de ventanas saltó por los aires, dejando un amplio boquete abierto en la

fachada!

Los soldados permanecieron impertérritos en sus puestos, mientras los cascotes rebotaban en el pavimento. El clamor de la población civil, estrujada en las bocacalles, inundó de ruido el ámbito de la plaza. Harring maldijo a media voz y echó a correr en dirección al Puesto de Mando.

-¡Doctor! -gritó Wynne-. ¡Usted no debe...!

-¡Claro que debo! -rezongué-. Cuiden de la *terreambulancia*. ¡Hasta la vista!

Alcancé a Harring antes de llegar y, aunque me dirigió una mirada de reproche, hice oídos de mercader. ¡No deseaba perderme nada! En el Puesto de Mando se advertía cierto nerviosismo. Las filas de soldados se hallaban pendientes de la orden de fuego y continuaban con las armas apuntadas a la puerta.

-¡Llamada al profesor Harring!

Contuve la respiración agitada por la carrera. ¡Otra vez la voz de Benton! Varios oficiales se reunieron con nosotros y la mano huesuda del profesor impuso silencio.

-Le hemos disparado y retrocede... ¡pero nos envía unos extraños rayos que...!

-¡Hable, Benton! -apremió.

-¡Ha desintegrado a cuatro de mis soldados, señor! ¡Uno de los cohetes lo alcanzó en el hombro y sólo ha logrado *mellarlo*! ¡Esto es...!

-¡Sigan disparando! ¡Agote las municiones mientras vamos a auxiliarle! ¡Corto!

Instintivamente, levanté la cabeza. Un trueno sordo y prolongado retumbaba dentro del *Isótom Building*. ¡La batalla había comenzado! Una rodaja de pared, semejante a un gigantesco pedazo de tarta cuadrada, se estremeció y empezó a inclinarse lentamente hacia el vacío.

-¡Apártense! -gritó alguien-. ¡Nos va a sepultar!

Los cohetes dirigidos contra el *cristalorrobot* estaban causando graves destrozos en la ciclópea casa. ¿O eran los rayos? El personal del Puesto de Mando se dispersó en todas direcciones, y yo me zambullí literalmente dentro del vestíbulo del edificio. Algo parecido al picacho de una montaña silbó por el espacio y se deshizo en gruesos pedruscos contra la acera.

Un *turbocarro* quedó aplastado y varias farolas del alumbrado se quebraron como frágiles pajuelas, dejando escapar siseantes vapores gaseosos al partirse los *registros*. ¡Y el trueno seguía arriba, donde seres humanos combatían contra una máquina de diamante puro!

Supuse que el boquete de las ventanas sería un ínfimo grano de anís comparado con el desprendimiento actual. Miré en derredor y comprobé que no se habían producido víctimas. En aquel instante, una tromba de hombres uniformados irrumpió en el vestíbulo, lanzándose en loca carga

devastadora. ¡Iban en socorro de Benton y su heroico pelotón! También en la plaza, maniobrando para tomar posiciones, las baterías móviles de lanzacohetes se disponían a entrar en jaque.

Creo que no me detuve a pensarlo y lo único que hice fue dejarme arrastrar por el frenesí general. Había perdido de vista a Harring y a casi todos los oficiales del Puesto de Mando. Posiblemente dieron la orden de ataque y el ejército se arrojó a su destino sin esperar la repetición. Di un salto, corrí afanoso... ¡y aún pude introducirme en uno de los elevadores repletos de jóvenes ansiosos por luchar!

Si me enfrascase en analizar mis impresiones personales, acaso la acción del relato perdiese velocidad. No lo haré, pues. En el elevador todos callamos, contando los segundos que transcurrían. Nunca he estado en una guerra, pero supongo que sentí las emociones del combatiente en peligro. ¡De qué forma tan atroz retumbaba el trueno! ¡El edificio en peso debía estar desmoronándose!

Una sacudida al frenar, el estallido de la corredera y me encontré proyectado al exterior. Una nube blanquecina, de partículas de polvo, flotaba en torno. Vigas metálicas, gruesos tabiques y hoyos en el suelo. Un largo pedazo de techo derruido, por el que se veían los embalajes desparramados de la segunda planta, y al fondo, surgiendo de los escombros... ¡el *cristalorrobot*, en cuya frente llameaba una especie de microrresistencia flamígera!

Me pegué contra un muro, jadeando. ¡Qué providencial fue mi actuación! El servomecanismo de diamante caminaba pesadamente, casi torpe, pero seguro cual blindado carro de combate. Pude advertir que su concepción poseía mucho de *humana*. Lo digo en cuanto al aspecto *anatómico*. Dos brazos y dos piernas, rematados por una cabeza redonda, maciza... ¡en lo alto de un cuerpo que pasaría de los tres metros! ¿Cómo habíamos tardado tanto en descubrir aquel gigante de vidrio opaco?

-¡Fuego! -ordenó una voz estentórea-. ¡Todos a una!

La descarga cerrada me hizo estremecer. Treinta fusiles protónicos ladraron al mismo tiempo, vomitando otros tantos regueros humosos que fueron a envolver materialmente al autómata diamantino. Lo que vi entonces no es fácil de describir con palabras. ¡Fue extraordinario e increíble! ¡Porque los proyectiles, deslizándose lo mismo que objetos sobre una superficie jabonosa, eran desviados nada más entrar en contacto con su cuerpo, aplastándose con gran ruido contra las paredes!

El estupor me heló. ¡No podía creer lo que presenciaba! Un compuesto a base de carbono... ¡invulnerable a las balas protónicas! Cuanto nos rodeaba mostraba evidentes huellas de desolación. El polvo blanco nos enturbiaba la visión y convertía en fantasmal el combate. Los soldados, a pie firme o hincada la rodilla en tierra, continuaron disparando, dispuestos a

morir sin retroceder un palmo de terreno. Y el robot avanzaba, avanzaba hacia nosotros... ¡sin que nada pudiese detenerle! ¡Era indestructible!

-¡Tirad a la cabeza!

La atropellada orden coincidió con un destello azulado de la microrresistencia. Estaba separado de nosotros por unos quince metros, de forma que la fusilería no desperdiciaba ni un solo tiro. A fuerza de machacar en el pecho y los hombros pude apreciar que se le formaban una especie de ligerísimas picaduras. ¡Sólo eso!

El destello azulado adquirió categoría de llama. ¡Una culebrina tremolante que fulguró intensamente! Quise gritar algo, advertir a los valientes luchadores para evitar que corriesen idéntica suerte a Benton y su pelotón, pero... ¡un haz azulísimo, igual que un rayo de sol al pasarlo por un filtro polarizador, bañó a la primera línea!

Estoy esforzándome en no detallar mis impresiones. Me encontraba espeluznado hasta la médula, mas el horror alcanzó el cénit al ver estallar como burbujas los cuerpos de una docena de soldados. ¡Como burbujas! ¡Desintegrados pavorosamente!

Aquello fue todo. Los *rayos* actuaban de forma análoga sobre cualquier otra materia. El muro que me sostenía se desmenuzó en medio de una lluvia de escombros pulverizados. Una grieta avanzó por el suelo y, de pronto, se abrió en un tajo grande, que lo separó en dos desiguales mitades, abiertas como los labios de una boca ávida de tragar.

La inclinación del pavimento hizo que resbalase. Aferré mis manos a un canto de la pared, noté una sacudida que produjo dolor en mi espalda y quedé... ¡quedé colgando en el aire! ¡La habitación se había desmoronado a la planta inferior! ¡No existía apoyo bajo mis pies!

Los alaridos de los soldados quedaron sofocados por el fragor del infernal derrumbamiento. Permanecí colgando, suspendido de mis manos en cuya piel se clavaban bordes pétreos. Traté de neutralizar el penduleo de las piernas e intenté izarme a pulso. Quedaba un trozo firme junto a la entrada, convertida ahora en quebrada cornisa.

Mientras perseveraba en la agotadora elevación a fuerza de músculos, una maraña de preguntas saltaban de un rincón a otro de mi mente. ¿Qué fue de los soldados? ¿Habría caído también el *robot*? ¿Por qué no disparaba nadie? ,

No sé de dónde extraje fuerzas y maña, pero lo cierto es que me porté como un auténtico gimnasta. Alcancé la cornisa y me tumbé encima, jadeante y sofocado, pero recobrada la calma. Presté atención. ¡Volvían a disparar! ¡Alguna otra patrulla armada estaría batiéndose con el *cristalorrobot*! Eché una ojeada al fondo, buscando entre los restos de la amplia cavidad formada por la caída del suelo y pude ver varios cuerpos tronchados, medio enterrados por las ruinas, aunque ni rastro del terrible

enemigo.

Los disparos poseían ahora la sequedad y resonancia de verdaderos *cañonazos*. ¡Las baterías lanzacohetes! No me equivoqué. Supe después que el desprendimiento lo arrastró también a la planta inferior y una vez allí, el ejército se encargó de hostigarle con granadas de mano, potentes fusiles de cobalto y morteros semipesados. ¡Casi el mejor armamento de que disponía la guarnición de Isótom 81!

Corrí por el primer pasillo que me salió al frente y llegué a un ventanal. Aquél fue el providencial mirador desde el que pude ser testigo de la gran batalla.

El *cristalorrobot* caminaba fatigosamente por el centro de la Plaza de Venus, rodeado por todas partes de soldados. Su cuerpo era el centro donde convergían cientos de impactos, la mayor parte de los cuales le tambaleaban, obligaban a variar de rumbo y hasta le encogían de medio cuerpo para arriba. ¡Su fin estaba próximo! ¡La milicia terrícola volvía a enarbolar el tradicional pabellón victorioso!

Quizá sea un sentimental, como opinaba Harring de mí, pero lo cierto es que el brutal espectáculo me produjo pena. Un sentimiento lastimoso que acaso llegue a parecer absurdo. Aquella máquina perfecta, maravillosamente concebida e irreductiblemente poderosa, se encontraba a dos pasos de la destrucción. Los lanzacohetes habían establecido la *electroderiva* eficaz para batirle en todos sentidos.

A pesar de los destrozos, de las bajas que nos causó en el *Isótom Building*, no dejaba de admirarlo como mecanismo y como concepción extraordinaria para el combate. El brillo diamantino de su superficie aparecía borrado, lleno de astilladuras y grietas, *agonizante*. Yo hubiese dicho que *sufría* espantosos dolores. ¿Cabe imaginar que un autómata albergue sentimientos? Esto escapa h la más elemental cordura, lo admito. Sin embargo, me causaba esa impresión.

Un proyectil le partió en dos la *cabeza*. Las baterías tiraban con *cohetobalas* de grueso calibre. Varias de ellas, disparadas desde ángulos distintos, le destrozaron una pierna y perdió la estabilidad. ¡Se desplomó, al fin! Un vocerío unánime, entusiasta, brotó de todas las gargantas.

El montón de diamante recibió entonces una tempestad de impactos que fue desparramando pedazos cristalinos por doquier. Lo redujeron a fragmentos, machacándolos incluso hasta pulverizar lo que quedaba. La Plaza de Venus se llenó en seguida por una riada incontenible de ciudadanos ansiosos de contemplar los espejeantes restos del famoso autómata que descubrió Rosa Makille.

Yo me retiré del ventanal y emprendí, sin prisa, el camino de regreso. Sabía que me aguardaba bastante trabajo y que la *terreambulancia* resultaría insuficiente para abarcar la tarea. Por lo pronto, una vez más, el

peligro había cesado en Isótom 81. ¿Hasta cuándo? ¡Pobre iluso! ¡Ignoraba que nuestras horas de vida espacial estaban contadas!

CAPÍTULO VII
KOASSIS

Los heridos llegaban al Centro-hospital poco menos que a oleadas. Todo el personal médico se hallaba movilizado y actuando de prisa, cuando Wynne, los sanitarios y yo hicimos acto de presencia. Excuso decir que no perdimos el tiempo explicando lo ocurrido en la plaza de Venus a quienes todavía lo ignoraban. La urgencia del caso nos obligó a aplicarse a la tarea con ahínco.

Y hubo tarea hasta muy entrada la noche. Luego, el silencio volvió a adueñarse de la ciudad subterránea y cesaron los lastimeros quejidos de las Salas del Centro-hospital. En numerosas ocasiones me he detenido a pensar qué habría podido ocurrir si el *cristalorrobot*, por ejemplo, hubiese ido acompañado de ocho o diez homónimos diamantinos.

No hizo otra cosa más que introducirse en el *Isótom Building* y replicar a los tiros de la milicia. Sin embargo, la inmensa construcción sufrió desperfectos por valor de varios millones y dejó casi un centenar de heridos, aparte de los veintinueve hombres muertos, entre los que figuraban el capitán Benton y los soldados de su pelotón. ¡Una sola máquina!

Posiblemente, la ciudad habría quedado arrasada por aquellos haces de rayos superdesintegrantes. No resultaba difícil imaginar ahora su poder de perforación y por qué nos causaron tal conmoción al abrir el *cráter*. Cualquier materia se fundía como hielo expuesto al calor intenso. ¡Y desaparecía *sin dejar rastro*!

He repetido asiduamente que en mi *Diario* sólo anoté cuanto consideraba importante. Estoy transcribiendo el informe que tanto empeño tenían en conocer mis hermanos terrícolas y animado sólo por la intención de ofrecerles los episodios que desembocaron en la *gran tragedia*. Por ello, desisto de entrar en consideraciones sobre la inusitada efectividad bélica de los *cristalorrobots*, ya que el tema habla por sí mismo a tenor de los resultados.

Aquella noche me encontraba tan rendido que ansiaba como nunca retirarme a descansar. Lo necesitaba. Realicé un desusado esfuerzo físico al quedar suspendido de la cornisa y, para rubricarlo, el batalleo con los heridos me colocó al borde de la extenuación. Sin embargo, las emociones todavía no habían terminado para mí.

Aún me aguardaba un trance que superaba en excitación a lo que llevaba vivido durante el día. Para no perder tiempo en divagaciones, diré que, sobreponiéndome al abrumador cansancio, decidí reseñar en el *Diario* los últimos episodios. La experiencia me demostró que no convenía dejarlo atrasar más de la cuenta, puesto que después el esfuerzo de actualizarlo requería mayor concentración mental.

Me despedí de Marcia y de Wynne. Los dos estaban francos de servicio y creo que tan agotados como yo, por lo que se alejaron inmediatamente rumbo a sus aposentos. Regresé al despacho, me senté frente a la mesa-escritorio y saqué el cuaderno. Quizá trabajé en silencio durante unos quince minutos. No creo que transcurriese mucho más.

La paz, esa paz propia de las instituciones clínicas, me rodeaba. Podía escucharse, de haber existido, hasta el murmullo del viento. Por ello, casi atronador, el chasquido de la puerta al ser cerrada, me obligó a dar un sobresaltado brinco.

Instantáneamente, vino a mi memoria el recuerdo de otra noche parecida, cuando ingerí los comprimidos de *Brital-13* y casi estuve al borde de la muerte. No quería más sorpresas de aquel género, así que me puse en pie, francamente alarmado, di vuelta al electrorregulador y la estancia apareció resplandeciente bajo la luz. ¡Estaba solo! ¡Completamente solo, a pesar de mis recelos!

Acaso no se trataba de simples recelos infundados. Yo sentí al momento una comezón extraño en todo el cuerpo, esa vaguedad indefinible que se produce al saberse observado. ¡Me espiaban unos ojos que no podía ver! ¡Lo hubiese jurado!

De todas formas, y pese a mi soledad, yo *escuché* el sonido de la puerta al ser cerrada. Quizá no había entrado nadie, pero era indudable... ¡que pretendieron hacerlo y cerraron después! Me encontraba tan influenciado por la idea, que anduve con premura hasta la entrada. La iluminación me permitía ver cualquier rincón de la estancia. ¡Nadie! Dirigí la vista en todas direcciones. ¡Nada! Después, salí al pasillo y examiné con desconfianza su lisa extensión. ¡Igualmente vacío!

Un tanto más tranquilizado, empezando a temer que fui víctima de una ilusión, regresé al interior del despacho y cerré con cuidado, desconectando el mecanismo de apertura. Mi tranquilidad duró, ciertamente, muy poco. ¡La sensación de ser espiado persistía intensamente! Achaqué las prevenciones a mi propio cansancio y decidí dar por terminada la tarea de escribir en el *Diario*. Acababa de guardarlo en uno de los departamentos de la mesa cuando capté una especie de chasquido a poca distancia de mí. ¡Un chasquido suave! Me volví rápido, nerviosamente... ¡y no perdí el sentido porque creo que en Isótom 81 nada podía ya trastornarme!

Lo que sucedió dentro de mi cabeza ante el inusitado descubrimiento, supongo que representó algo así como una violentísima conmoción mental. Todos los centros nerviosos del cerebro debieron rebelarse con brusquedad tras el alterado *despertar* de mi hasta aquel momento dormido subconsciente. ¡Recordé una infinidad de cosas y sensaciones! ¡Comprendí, al fin, de qué métodos se valieron los *invasores* para sumirme en el estado de *obediencia psíquica* y rememoré, por último, todo cuanto sabía sobre el

cinturón lumínico y la misteriosa cajita!

-¡Dios mío! -exclamé, aferrado al borde de la mesa, casi a punto de tambalearme-. ¿Es posible lo que veo?

No sólo era posible, sino que *realmente* lo veía. Ante mí, semiacurrucado junto a la pared... ¡acababa de materializarse la diminuta figura del hombrecillo cabezón! La innominada criatura que me dominó psíquicamente en las cloacas... ¡estaba allí, en mi despacho privado!

Pude entonces contemplarle. Pero ya no parecía igual que antes. ¡Todo su cuerpo rezumaba ampollas y supurantes quemaduras rojizas, bien visibles a través del transparente equipo espacial! Adiviné la verdad tan instantáneamente que yo mismo quedé asombrado. ¡Radiactividad! ¡Una víctima más de la Planta Atómica!

-Quiego hablagle, doctog... -explicó una vocecilla de timbre infantil, expresándose dificultosa y lentísimamente-. Es necesagio haceglo ahoga...

-¡No se acerque! -grité, oprimiendo el botón de alarma-. ¡Dispararé al menor movimiento sospechoso!

Mientras profería la amenaza, abrí el compartimiento central de la mesa y extraje una pistola de dardos fosfoarseniales, que esgrimí en el acto, apuntando al hombrecillo. Los ojuelos vidriosos me miraron con desdén, igual que desdeñando la risible potencia del arma. Yo me sentía tan nervioso y alterado que insistí de nuevo en el botón de alarma. ¡No quería volver a encontrarme a solas con aquel tipo! ¡Ojalá llegase alguien antes de que empezasen los giros luminosos a cargo del cinturón y la caja!

Había entrado en la estancia provisto de ambos objetos. El cinturón seguía ciñéndole el pecho, pero de él no brotaba el menor destello. Respecto a la caja, que acababa de depositar en el suelo, sólo podía decir que me causaba un respeto inmenso pese a su actual opacidad. El hombrecillo parecía terriblemente agotado. La tremenda escafandra poblada de conexiones amenazaba con derribarle. Vi entonces que vacilaba sobre los pies calzados con botas planas. ¡Estaba enfermo! ¡Enfermo de radiactividad! ¡Corroyéndose orgánicamente!

-Sí, doctog... -bisbiseó, como si hubiese interpretado mis pensamientos valiéndose de facultades telepáticas-. Estoy padeciendo el mal de los átomos... Mi equipo ha dejado pasag gadiaciones mogtales... Es usted la única pegsona que puede salvagme... y salvag a Isótom 81...

-¡No creo nada de lo que dice! ¡Y permanezca quieto!

-Le pulvegizagía si quisiese, doctog... He venido a hablagle, pogque usted entiende el teggible conflicto que gepresenta la sepagación de los astegoides... Hágame caso... Sólo le pido que escuche mi última confesión de condenado a muegte...

Apreté las mandíbulas. ¿Un truco? No lo parecía. Aquel endeble ser extragaláctico se expresaba con gran dificultad, pero parecía sincero. ¿De

qué medios se valió para aprender la intrincada pronunciación de nuestro idioma? ¿Cómo había alcanzado a llegar hasta el Centro-hospital? ¿Cómo burló patrullas y vigilantes?

-¿Quién es usted? -pregunté.

-Me llamo Koassis... -replicó-. Y soy el Enviado del Espacio...

-¿He de creerlo?

-Pog fuegza tiene que admitiglo, doctog... En mi mundo disponemos de mucho podeg... Un podeg tan inmenso que asustagía a su planeta...

-¿Por qué han venido a Isótom 81?

-Paga evitag un asesinato colectivo... La Planta Atómica intenta destruig los astegoides y sus habitantes... Usted ya lo sabe, doctog... Le oí discutig con el profesog Hagging...

-¡No es cierto! -atajé, empuñando con vigor la pistola-. ¡Miente!

-No... Digo la vegdad... Les escuché pog la tagde en este mismo cuagto, antes de que pulvegizasen a mi *protectog*... He pegmanecido en la casa desde que a usted le sometiegon a choques magnéticos de eneggía y pog eso tuve tiempo de estudiagle... Usted es bueno... Puedo confiagle el gesultado de...

-¡Falso! ¡Todo es falso! ¿Cómo ha logrado introducirse aquí? ¡Demuéstremelo!

Se agachó para recoger la cajita, y yo, temiendo una reacción defensiva, rugí:

-¡No se mueva! ¡O le mataré!

-Me ha pedido una demostgación... -repuso con tanto escuerzo prosódico que despertó mi piedad-. Vegá lo sencillo que es... Con este *visorefragtog* alcanzo lo que ustedes llaman invisibilidad...

-¿Total?

-Total paga los ojos humanos... Sigo *mategial*; pego nadie puede yegme, doctog...

Esperé anhelantemente la demostración. ¡Un *visorrefractor* que producía invisibilidad! ¡He aquí explicados algunos misterios que nos torturaban! Poco a poco íbamos averiguando la explicación de hechos desconcertantes. ¿Qué no podrían realizar unos seres *invisibles*? Por eso atravesaron las cloacas, la ciudad entera y llegaron a la Planta Atómica...

Dejé de pensar. El hombrecillo -llamado a sí mismo Koassis- habíase inclinado sobre la cajita. Como ya dije, se hallaba enfermo, gravísimamente enfermo. Jamás había visto unas quemaduras radiactivas en tan superlativo grado de ulceración. Sin duda, el esfuerzo agotó sus maltrechas energías, porque entonces, apenas alcanzar el cubo blanco y brillante, se desplomó de rodillas. Manoteó un segundo en el aire.

-Hmmm... Gsss... -suspiró.

Debía ser su lengua nativa. Yo no entendí nada. Cayó

desmadejadamente y permaneció boca arriba, con los ojos entornados y la diminuta boca abierta. Ni un movimiento escapaba de su cuerpo. Llegué a temer que hubiese muerto de repente, vencido por la incesante corrosión de sus órganos, y me dejé arrastrar de mi sentido humanitario.

Algo interior, que acaso procedía del alma, me decía que nada tenía que temer de Koassis. Viéndole allí tumbado, incolora la piel del rostro y salpicado de ampollas rezumantes, experimenté la certeza de su absoluta invalidez y desamparo.

Dejé la pistola sobre la mesa y me aproximé. No llegué a tocarlo. En su estado, era factible la contaminación radioisotópica y creí conveniente esperar a hacerlo debidamente garantizado por elementos de protección.

-¡Doctor, doctor! ¡Abra en seguida!

Fue como si despertase de un sueño. Llevaba ausente, encerrado en mis íntimos pensamientos, algunos minutos. El botón de alarma que pulsé atrajo a los vigilantes a mi despacho, pero no conseguían pasar porque en mi anterior examen, todavía receloso, desconecté la conexión fotoeléctrica y sólo yo podía ahora franquearles la entrada.

-¡Tendremos que derribarla! -oí que gritaba Wynne-. ¡Estará en peligro!

-¡Aguarden! -advertí-. No ha ocurrido nada. ¡Un momento!

Accioné los registros y se abalanzaron en tromba. Wynne -¡el fiel Wynne!- iba en *pijama*, y a la cabeza del grupo. La alarma le despertó en pleno sueño. Observé que llevaban armas, unas armas tan fútilmente ridículas ante el poderío de Koassis como mi pistola de dardos fosfoarseniales.

Me asaetearon a preguntas. Estaban tan alterados que casi tuve que ordenarles un poco de calma para lograr cierto entendimiento. La inmóvil presencia del *enviado del espacio* les dejó anonadados. Tuve que explicarles, someramente, que no atravesaba las paredes como un espectro demoníaco, sino que lograba la invisibilidad valiéndose de la cajita visorrefractorial.

-Ha sido una suerte que se haya desvanecido -celebró Wynne después-. Así podremos examinarlo a placer...

-¡Quieto! -exigí-. ¡No sea loco! ¡Ese hombrecillo está convertido en una auténtica masa radiactiva! Vayan en busca de un equipo y lo trasladaremos de aquí -agregué, dirigiéndome a los atónitos vigilantes-. ¡No conviene tocarlo hasta después de someterle a una cura de desradiación!

Sí. Han pasado los años y ahora, sereno el ánimo y templada la razón, comprendo que no estaba en nuestras manos hacer más de lo que hicimos. Si Koassis hubiese podido contarlo *todo* aquella misma noche, quizá nos habría proporcionado una salida ideal para muchos. Así, tal como se sucedieron los acontecimientos, fuimos muy pocos los elegidos. El destino de Isótom 81 se acercaba a su fin.

No; no lo sabíamos todavía. Vivíamos ignorantes de la aplastante verdad. Hasta creo que felices. El profesor Harring, con quien me entrevisté al día siguiente al terminar las primeras sesiones de desradiación, mostrábase optimista en extremo. Según él, con la aparición de Koassis cesaba la época de los terrores.

-Ahora conviene observarlo, doctor -me dijo-. No tenga prisa. Tómese cuanto tiempo necesite, pero obtenga un informe minucioso de cada una de sus particularidades. Nada vendrá a interrumpir la labor de la Planta Atómica y pronto aplicaremos en todo su poder el *Proyecto S.A.*

Yo no me sentía tan satisfecho de los resultados. ¿Por qué he de ser pesimista cuando a los demás les embriaga la alegría? No lo sé. Acaso obedezca a esas corazonadas que me invaden con frecuencia. Harring afirmó que no había nada que temer. ¿Nada?

Cierto que la *espaciojoya* nos pertenecía. Cierto que el *cristalorrobot* fue destruido y que su dueño, el *enviado del espacio*, agonizaba debatiéndose en dolores radiactivos. También cayeron en nuestro poder la escafandra, el cinturón lumínico y el *visorrefractor*. Todos los triunfos. ¿De veras? ¿Podíamos gozar prácticamente de la victoria?

Creo que no. Presentía que no. Koassis vino a mi despacho para advertirme, porque yo era *la única persona terrestre que podía salvarlo...* y *salvar a Isótom 81*. Salvar al planetoide... ¿de qué? ¿Qué nuevo peligro, ignorado más que los anteriores, nos amenazaba?

El ser extragaláctico no conseguía hablar. Peor todavía... ¡se iba muriendo, consumido en una agonía indescriptible! Yo me aplicaba al logro de curarlo con todos los elementos de que disponíamos. Mantuve a Marcia y a Wynne en jaque perenne, sin apartarme del paciente más que lo estrictamente imprescindible.

Le inyecté *Cloronarcotil*, *Sexahormocol*, *Wisellmicina* y hasta doce centímetros cúbicos de “Antirrad 603”. No existía mejoría. No cabía opción. La sentencia de su muerte era inapelable, porque la enfermedad radiactiva se hallaba en un grado de avance que ningún organismo humano hubiese llegado a soportar.

Mientras luchábamos con las armas de la profesión, los científicos hicieron sus propios descubrimientos. La escafandra era, en verdad, una caja hermética, de *vacío total*, que salvaba a su ocupante de presiones, atmósferas y gérmenes. Ya hablé del tejido coriáceo de su equipo. Ínfimo comparado con la escafandra, porque podía calificarse de maravillosa, valorada aún más por los sistemas de electronía que permitían procesos extrasensoriales.

El cinturón y la cajita se complementaban. El *visorrefractor*, sobre todo, abrumó a la Comisión por su perfecto funcionamiento. ¡Cuán infinita inteligencia se encerraba en los cerebros que inventaron semejante

instrumento!

Pongo unas palabras en boca de Chappell, uno de los colaboradores que el profesor Harring admiraba por su eficiencia.

-Desde antiguo -me explicó- los sabios de la Tierra han soñado en conseguir la invisibilidad corporal. El sueño lo vemos ahora realizado... ¡por seres de otros mundos! ¡Y es tan sencillo! Nosotros enfocábamos mal la cuestión. El planteamiento del problema, podría decir. Le pondré un ejemplo.

-Sí -afirmé, interesado.

-Siempre creímos que lo dificultoso era hacer invisible el *objeto*. De ahí nació el error. Las criaturas que idearon el *visorrefractor* aplican algunos de los principios que nosotros estudiamos, creando un instrumento para poder acentuar la absorción o refracción de la luz hasta obtener la *desaparición óptica* de la materia. Pero también ensayaron con la necesidad de hacer *visibles* las cosas situadas *detrás del cuerpo*. ¿Me comprende? A mayor *visibilidad* de cuanto circunda, mayor *invisibilidad*, también, de lo que pretendemos ocultar.

-Entendido. Destacar una montaña al fondo... para que nadie repare en el ratón que *está delante*.

Habló de fotones, valencias, gravedad y rayos de luz. Creo que no asimilé totalmente su exposición técnica, pero, al menos, capté el espíritu de la explicación en líneas generales. Todo compaginaba. Todo se compenetraba de forma que, una vez conocido el significado de *Separación Asteroidal*, la misión y los medios empleados por los visitantes resultaban tan diáfanos por su claridad.

Sabíamos la verdad. La verdad pretérita de cada actuación que antes se desarrolló... pero ignorábamos la otra. La verdad *futura*. Esa sólo Koassis podía revelarla.

Yo continuaba junto a él, pendiente de la menor variación física. Horas y horas de vigilancia. Por ello, insisto en que no tenía salvación. Se nos moría irremisiblemente. Sólo una vez habló de nuevo.

Ocurrió tres noches después de su aparición y dijo, textualmente, las frases que voy a reseñar. Las reproduzco íntegras, porque tuve la paciencia de escribirlas más tarde en mi Diario.

-No... no hay gemedio, doctog... -musitó-. Escapen de Isótom 81... pogque sólo les quedan unas hogas de plazo...

-¡Koassis! -apremié, inclinándome sobre él-. ;Qué quiere decir? ¿De qué está hablando? ¿Por qué hemos de escapar del planetoide? ¡Explíquemelo todo, por Dios vivo! ¡Haga un esfuerzo!

-Pe... pelig... -no supo pronunciar la palabra, aunque para mí fue suficientemente explícita-. Ya no mando de las *autopilas*... Empezagán a actuag pog ogden de mi est... estg...

-¡Estrella! -barboté-. ¿Procede usted de una estrella? ¿De cuál? ¿Dónde se encuentra? ¿A qué galaxia pertenece?

-Lejos... muy lejos... En digección opuesta a su Sol... Los astegoides pidiegon ayuda y...

-Siga, Koassis, siga. ¡Le entiendo bien!

-*Autopila*... Planta Atómica... Huyan antes de que la fisión nucleag sea...

Aquí terminó su discurso. Exactamente las palabras que pronunció. ¿Un aviso desesperado? Recuerdo que, acaso atraída por mis gritos, Marcia Randall se presentó respirando agitadamente. Había corrido. Yo seguía inclinado sobre la palidísima criatura estelar. ¡Los asteroides pidieron socorro a una estrella! ¡Una estrella habitada por seres altruistas y justos!

-¿Cómo se encuentra? -preguntó la joven.

La miré largamente. Un siglo debió transcurrir antes de que replicase y aun entonces ambos nos estremecimos como azotados por una premonición siniestra.

-Ha expirado -dije.

-Pobre personilla. ¡Da pena contemplarlo tan encogido y frágil! ¿Logró decirle algo antes de morir?

-Sí. Habló de su estrella y de una cosa desconocida llamada *autopila*. También me pidió que escapásemos de Isótom 81. ¿Por qué todo ello?

-No lo sé, doctor. Pero tengo miedo. ¡Miedo de veras!

Marcia desvió los bellísimos ojos y los dejó vagar, inciertos, por la habitación. Sus últimas palabras no me sorprendieron. Tenía miedo. Lo comprendía... porque hasta yo mismo estaba asustado. El origen de mi temor resultaba indescifrable. Pero lo sentía. Hondo y latente en el pecho.

-Voy a comunicarlo al profesor Harring -decidí, levantándome para regresar a mi despacho.

-¡No me deje sola! -pidió Marcia-. ¡Se lo ruego!

Yo no tuve fuerzas para negarme. Lo dijo con tanto anhelo que obligarla a permanecer allí me parecía inhumano. Después enviaría a Wynne para que certificase la defunción. Mientras salíamos, la tomé del brazo. Temblaba como atravesada por una corriente eléctrica.

-No ocurrirá nada -murmuré-. Descanse en paz Koassis, la criatura de las estrellas.

Pero ocurrió. Ocurrió punto por punto lo que él había pronosticado. Su muerte le privó de controlar la *autopila*. Y entonces... Bueno. Es mejor que lo relate a su debido tiempo. Después de todo, se trata de un episodio que forma parte de la Historia del Espacio.

FIN DEL TOMO

132

LA DESTRUCCION DE ISOTOM 81 ES INMINENTE.

Una «autopila» entrará en acción, produciendo la hecatombe más pavorosa del espacio. Lluvias de radiactividad, explosiones nucleares y la desintegración del planetoide, convertirán a nuestros audaces héroes en míseros

NAUFRAGOS DEL UNIVERSO

¡Otro impacto en la mente de los lectores que gustan de la ciencia-ficción! ¡Algo tajante y profundo como un corte de bisturí! La portentosa fantasía del magistral

JOE BENNETT

Da vida al último episodio de estas aventuras extraordinarias. ¡Un ejemplar único en el género! ¡Su novela futurista por excelencia! El argumento que prestigia al máximo la selección literaria que es norma habitual para la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Notas

[←1]

Véase «Entre Marte y Júpiter», número anterior de esta Colección, y primer tomo de estas aventuras.

[←2]

Al lector curioso, recomendamos la lectura de «Cautivos del espacio» y «Vacío siniestro», donde se habla de este compuesto superexcitante.